



Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: Que Su Mirada te acompañe : distopía, género y biopoder en "El cuento de la criada" de Margaret Atwood

Autores (en el caso de tesis y directores):

Melina Di Iorio

Gabriela D'Odorico, tutor

**Datos de edición (fecha, editorial, lugar,
fecha de defensa para el caso de tesis: 2023**

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR

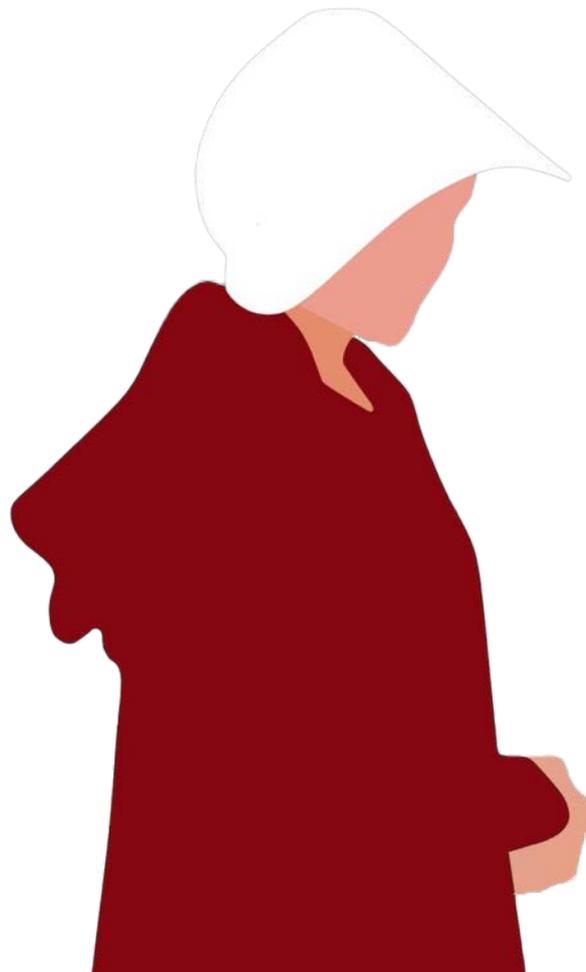


Que Su Mirada te acompañe.

Distopía, género y biopoder en *El cuento de la criada* de Margaret Atwood

por Melina Di Iorio DNI 33.085.542

Tutora Gabriela D'Odorico DNI 14.468.691



Tesina de grado

Licenciatura en Ciencias de la Comunicación

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

Octubre 2022

Agradecimientos

A mi papá por haberme acompañado en cada desafío y haber sido quien más confió en mí.

A mi mamá por su amor incondicional y sus palabras sinceras.

A mi hermano y mis amigas por el aguante y la paciencia.

A la Universidad de Buenos Aires y a las y los docentes de FSOC por la pasión e inspiración.

A Gabriela D'Odorico por su tiempo, apoyo y dedicación en cada devolución.

Índice

Por qué esta ficción	p. 4
Capítulo 1: La politización de la vida	p. 8
1.1 La vida en <i>El cuento de la criada</i>	
1.2 La normalización de la vida	
1.3 Biopoder con perspectiva de género	
Capítulo 2: En el nombre de Dios	p. 17
2.1 La religión como productora de sentidos y posibilidades	
2.2 Quién es quién: mujeres con función reproductora	
2.3 Quién es quién: Tías, Esposas, Marthas, <i>Jezabels</i> , No Mujeres	
2.4 Quién es quién: hombres	
Capítulo 3: Las redes del poder	p. 31
3.1 Un análisis infinitesimal	
3.2 Disciplina y regulación	
3.3 “Que Su Mirada te acompañe”: la vigilancia en Gilead	
3.4 Instituciones de encierro	
3.5 Género, poder y sexualidad	
3.6 Castigar	
Capítulo 4: Criadas	p. 48
4.1 Cuerpos dóciles de propiedad estatal	
4.2 La opresión narrada en primera persona	
4.3 El mandato de despersonalización	
Capítulo 5: La resistencia	p. 58
5.1 Desde los márgenes	
5.2 La comunicación como posibilidad de trasgresión	
5.3 Resistencia con lucha frontal	
Palabras finales	p. 67
Bibliografía	p. 70
Anexo	

Por qué esta ficción

Una obra de ficción -literaria o audiovisual- presenta un mundo imaginario al receptor. Narra hechos ficticios y crea una realidad distinta de la que experimentamos en la vida cotidiana. Se trata de una creación intencional de un autor que nos estimula y nos motiva a permanecer atrapados por la historia. Hablamos de mundos que producen efectos emocionales sobre los receptores: empatía, identificación, autoconocimiento, felicidad, diversión, miedo, rechazo, tristeza. Pero es cierto que nuestra disposición a experimentar estas emociones, son voluntarias y contamos siempre con la posibilidad de decidir abandonar la experiencia en cualquier momento: cerramos el libro o apagamos el dispositivo.

El cuento de la criada (2017) es una de esas historias impactantes y cautivantes. Es un relato distópico, ficticio, y no tan futurista, que presenta una sociedad hipotética e indeseable con condiciones estructurales y elementos con los que nos hemos construido como sociedad. Una simulación que nos revela una perspectiva de que todo puede llegar a suceder, y de lo que, en cierto sentido, es. Una obra crítica que expone una cruel y brutal hostilidad en el trato hacia las personas y en particular, hacia la mujer.

En la introducción de su novela, Margaret Atwood, expresa que no escribió nada que no hubiese pasado en la realidad y nos explica que “El cuento de la criada se nutrió de muchas facetas distintas: ejecuciones grupales, leyes suntuarias, quema de libros, el programa Lebensborn de las SS y el robo de niños en Argentina por parte de los generales, la historia de la esclavitud, la historia de la poligamia en Estados Unidos... La lista es larga” (Atwood, 2017:18). Su objetivo fue, desde un comienzo, evitar ser acusada de animar al potencial humano a un comportamiento deplorable. Y si bien la historia de esta escritora canadiense se desarrolla en el contexto de un mundo distópico, deja expuesto ciertos actos y aberraciones que hoy son legales en algunos países y denuncia al sistema patriarcal contra el que se sigue luchando, aún en la actualidad.

¿Por qué entonces *El cuento de la criada*? Porque esta historia no tiene un lenguaje extraño o personajes de fantasía. Es un relato de una sociedad en cuya forma de gobierno, las personas que ejercen el control y el poder son hombres y lo hacen en nombre de Dios y de un modo totalitario, dictatorial y nacionalista. Una sociedad en la que está en juego la producción y proliferación de la especie y por eso se gestiona y normaliza la vida desde el poder. El cuerpo de la mujer es el territorio privilegiado a invadir, colonizar, intervenir, despersonalizar y dejarlo al servicio del hombre y la reproducción. Un cuerpo que se constituye en objeto y objetivo de poder por medio de una justificación biológica que no asombra ni impresiona: el cuerpo de la mujer tiene que responder a lo que la sociedad le impone, debe disponerse a procrear por medio

de la reproducción y parir para dejar descendencia. Así desde una perspectiva religiosa, en este relato -y en algunas sociedades contemporáneas-, la mujer solo es completa cuando Dios la hace útil, cuando realiza su deber sagrado, cuando tiene hijo/as. De este modo, se ubica a la reproducción en el lugar de un imperativo moral.

Se trata de una violencia sobre las mujeres que no nos sorprende. Desde siempre y en todo el mundo se nos ha asignado a las mujeres ciertas características, comportamientos y roles “propios de nuestro género” dejándonos en una posición de subordinación frente al varón. Una violencia de género que fue dando lugar a una construcción histórica y social de un sistema patriarcal en donde la diferencia sexual es su fundamento.

El patriarcado, como sistema de poder masculino, no solo se ejerce con dominación y opresión, sino también bajo las ideas de benevolencia y protección. Como sistema simbólico, determina un conjunto de prácticas cotidianas e involucra diversos y complejos ámbitos de aplicación: sociales, culturales, políticos, ideológicos y económicos.

A fin y al cabo, *El cuento de la criada* nos interpela sobre lo que acontece en la actualidad, es una historia que se vuelve necesaria, un mundo distópico que nos expone cómo entre las sociedades pasadas, las actuales y las hipotéticas se pueden encontrar continuidades, un producto masivo que toca todos los temas sobre los cuales estamos luchando las mujeres desde hace décadas, una narración imaginaria que nos demuestra que los derechos humanos son potencialmente frágiles.

Esta tesina parte entonces de un análisis no solo de la novela publicada en 1985 sino también de su adaptación televisiva que comenzó a emitirse en 2017, y que hoy ya cuenta con cinco temporadas. Por un lado, porque todo relato audiovisual se vale de una gramática particular con dimensiones visuales, sonoras, estéticas, semánticas, expresivas, rítmicas, que enriquecen la narración y la forma en que se presentan los escenarios, las escenas y las actuaciones. Por el otro, porque no es casual que hoy en día la serie televisiva que partió de un libro escrito hace treinta y siete años atrás tenga tanto éxito y se convierta en un emblema de la lucha por los derechos de las mujeres.

Sin duda, la capacidad y potencialidad de resonancia de esta ficción en el contexto mundial está dada por la posibilidad de iluminar estructuras sociopolíticas que nos oprimen, y de cuestionar y denunciar lo existente. En este sentido, una serie de observaciones preliminares a este trabajo, nos permiten reconocer que la sociedad de *El cuento de la criada* se presenta como espejo de lo que sucede en sociedades machistas de poblaciones específicas alrededor del mundo. Solo por nombrar un ejemplo, en Afganistán luego de que los talibanes tomen el control, se ha excluido sistemáticamente a las mujeres y a las niñas de la vida pública.

Además, es llamativo que, desde Argentina hasta Irlanda, las mujeres se apropiaron del traje rojo de los personajes de la novela de Margaret Atwood convirtiéndolo en un medio de expresión en sus protestas por la reivindicación de nuestro género. Así, esta ficción se alzó como símbolo feminista en múltiples manifestaciones en defensa de nuestros cuerpos y, en particular, del derecho al acceso a la interrupción voluntaria de embarazo.

Pues bien, ¿de qué trata entonces esta propuesta? Esta tesina es un ensayo cuyo tema es la construcción que se realiza en este relato sobre el género, el poder y la resistencia. El objetivo general es aportar herramientas conceptuales y perspectivas de análisis que ayuden a indagar sobre el funcionamiento de dispositivos de poder que nos sometieron, nos someten y podrían continuar sometiéndonos a las mujeres de no existir un verdadero compromiso y acción transformadora.

De ese objetivo general se desprenden los siguientes objetivos específicos. En primer lugar, propongo describir y analizar críticamente las representaciones de la mujer, el poder y la resistencia en el mundo distópico de Margaret Atwood. En segundo lugar, busco identificar la construcción y el funcionamiento de los imperativos de la reproducción y la vigilancia. En tercer lugar, expongo una mirada crítica sobre la forma de relacionarnos en nuestras sociedades contemporáneas: libertad, acceso, control, dominación y sometimiento en el encuentro con el otro. En cuarto lugar, presento una reflexión sobre la difusión de estas temáticas en los medios de comunicación.

La hipótesis que guía este estudio gira en torno a la idea de que preguntarse por la resistencia, no es preguntarse únicamente por las formas que adquiere y se expresa la rebelión o la insurgencia, por la lucha por las libertades individuales o los derechos de un colectivo, por la desnaturalización de paradigmas o la expresión de voces oprimidas. Preguntarse por la resistencia, es preguntarse en primera instancia, por el quién y el por qué: es preguntarse entonces por los sectores vulnerados que padecen -y son blanco intencional de- una serie de políticas tendientes a vulnerar sus derechos, y preguntarse también, por los modos en que luchan por su supervivencia.

La forma en que está organizada esta investigación es a partir de cinco capítulos principales. Primero, el marco teórico con una presentación de las principales ideas teóricas que pueden encontrarse en la novela para un abordaje de género sobre el tema. Luego, el análisis como tal que indaga fundamentalmente por un lado, en la representación del poder, y por el otro, en la resistencia. La decisión de profundizar en estos dos ejes temáticos está dada por la posibilidad de reunir en cada uno de ellos, una serie de observaciones que permiten describir en profundidad el objeto de estudio y alcanzar los objetivos que son el hilo conductor

de este trabajo, para finalmente avanzar hacia la puesta a prueba de la hipótesis planteada. Este análisis se realiza principalmente desde el pensamiento de Michel Foucault acerca del poder, pero también desde las lecturas de Judith Butler sobre los textos de Foucault, lo cual aporta una mirada de género a la cuestión de la conformación de un biopoder. Por último, en las conclusiones se recupera la hipótesis planteada, las principales reflexiones de cada una de las instancias previamente mencionadas y se propone nuevos interrogantes surgidos de este desarrollo.

A fin de cuentas, es un análisis desde la comunicación social de los constructos de sujeto, género, cuerpo, poder, normalidad, saber, sexualidad, disciplina, castigo, los imperativos de la reproducción y la vigilancia, y la posibilidad de la resistencia y emancipación. Pues, resulta pertinente para reflexionar en lo personal y en lo colectivo sobre la condición humana y en particular, sobre la condición de la mujer.

Capítulo 1: La politización de la vida

1.1 La vida en *El cuento de la criada*

Abordar la noción de vida como concepto político es la base para el desarrollo de esta tesina. El objetivo, entonces, de este primer capítulo es presentar una revisión de distintos postulados teóricos en donde la reflexión sobre la vida adquiere una dimensión política. Asimismo, se propone un diálogo inicial de estos postulados con algunas observaciones clave de la obra de Margaret Atwood.

Michel Foucault es, sin duda, uno de los intelectuales más reconocidos que ha centrado su pensamiento en la relación entre la vida y el poder. En el primer volumen de *Historia de la sexualidad: la voluntad de saber* (1977), este filósofo francés sostiene que desde el siglo XVII se asistió a una transformación de los mecanismos de poder y, por tanto, al pasaje de una concepción clásica de un poder soberano esencialmente verticalista -que indica su poder en virtud de la muerte que puede exigir-, a un nuevo tipo de poder omnipresente -llamado biopoder- que toma la vida a su cargo. Esto significa un poder que se asume de la vida y sobre la vida de la especie humana.

Surge de este modo, la idea de “hacer vivir y dejar morir” y con ello, la posibilidad de intervenir sobre la vida para potenciarla y a la vez, controlar los riesgos y las deficiencias. Así, el hecho de que por primera vez la vida y el carácter de lo viviente entre en consideración como objetivo de las estrategias políticas, supone una concepción positiva de la tecnología del poder y un cambio en los modos y ejercicios de poder. Se trata de nuevos procedimientos y mecanismos que funcionan ya no por el derecho, sino por la técnica, ya no por la ley, sino por la normalización. En este punto, cabe advertir que Foucault no pretende hacer una teoría general del poder, sino más bien un análisis para saber por dónde pasa, cómo, entre quiénes, entre qué puntos, de acuerdo con qué procedimientos y con qué efectos, pues el biopoder es resultante de una multiplicidad de redes.

Hablamos, entonces, de una concepción de poder que ya no toma como único foco la soberanía del Estado del cual emanan formas derivadas y descendientes, sino de un poder que está en todas partes y viene de distintos puntos: es un juego de relaciones de fuerzas desiguales que se ejercen en distintos niveles y formas que rebasan el Estado y sus aparatos. Se trata de un poder que ya no se transmite ni se hereda, sino que se ejerce. Es un poder que circula y está disperso en una red de relaciones móviles, inestables, asimétricas: una red de micro poderes en donde lo que importa ver es el problema de la dominación y el sometimiento.

¿Pero qué implica la consideración de la vida por parte del poder? Implica una intervención no solo de lo orgánico sino también de lo biológico: desde el cuerpo hasta la población. Por ello, el biopoder se establece como “una gran tecnología de doble faz - anatómica y biológica, individualizante y especificante, vuelta hacia las relaciones del cuerpo y atenta a los procesos de la vida-” (Foucault, 1977:169), que consigue abarcar, y por lo tanto invadir, las dos dimensiones de la vida: el cuerpo orgánico, con sus mecanismos; y la vida biológica de la población, con sus procesos globales. De este modo, la vida se convierte en campo posible de intervención para las técnicas políticas, y se da lugar a una serie de mecanismos continuos, reguladores y correctivos que buscan obtener la sujeción de los cuerpos y el control de las poblaciones. Hablamos de una figura que, para Foucault, puede identificarse con el “poder pastoral” cuyo funcionamiento implica a todos y a cada uno: cuida de toda la población, y a la vez, de cada individuo (Foucault, 2008).

Como es posible advertir, el biopoder tiene dos escalas, dos niveles diferenciados, dos tecnologías que si bien tienen objetos diferentes, coexisten y están integradas. Se trata del doble juego de las tecnologías disciplinarias, y las tecnologías de regulación; es decir, de la anatomopolítica y de la biopolítica. La primera centrada en el cuerpo y su adiestramiento, la segunda centrada en la masa viviente y su equilibrio global. Ejes fundamentales de la reflexión foucaultiana para el análisis del biopoder sobre los cuales vuelvo en detalle más adelante.

Pues bien, ¿cómo y por qué la vida adquiere una dimensión política en *El cuento de la criada* (2017)? Margaret Atwood presenta un Estados Unidos en el que, según la perspectiva de un grupo patriarcal -devenido gestor del movimiento golpista-, el poder del Estado Nacional capitalista que se ejercía positivamente sobre la vida y con un dominio centralizador de administración y regulación de las conductas, de los procesos biológicos y de los cuerpos humanos, ha entrado en una progresiva crisis. Y lo que advierten, es una presunta decadencia dada por las interrupciones voluntarias de embarazos, nuevas orientaciones sexuales y nuevas identidades de género, consumo de psicofármacos o de drogas ilegales, contaminación ambiental, uso incontrolado de insecticidas, fugas de armas químicas y biológicas, accidentes en plantas nucleares, que generaron una baja en la fertilidad.

Frente a este contexto en el que está en juego la proliferación de la especie, este grupo de religiosos ortodoxos y patriarcales recurre a una serie de medidas violentas y repentinas para hacer de la ley religiosa, una ley civil. Así, se vuelve a un orden social anterior a la modernidad capitalista en donde las libertades, la democracia y los derechos humanos se destruyen, pero en donde se implementan políticas modernas que se asumen de la vida y sobre la vida de la especie humana. Entonces, la vida en *El cuento de la criada* está politizada, es intervenida por

tácticas y técnicas políticas que la disciplinan, la regulan y se dirigen al cuerpo para buscar efectos en el alma. Se trata de la presencia de un poder cuya racionalidad que orienta los modos de actuar, es esencialmente religiosa y que, no solo va a cuidar a los cuerpos sino también los va a formar, someter, castigar y docilizar -en tanto que manipulables- para que esas vidas tengan una mayor utilidad para el gobierno. En su expresión más cruda, el propósito será que ciertas mujeres tengan hijo/as para toda la nación.

Es un regreso a las viejas formas de consumo y a los valores tradicionales, a un modelo agrícola comunitario, a sacrificios y ofrendas del Antiguo Testamento, a un poder que deja de ser esencialmente jurídico marcando un límite entre lo permitido y lo prohibido, y pasa a ser materialista, donde existe cuerpos y poblaciones sobre los cuales lidiar. Es una vuelta al ejercicio de mecanismos punitivos desde la perspectiva de la táctica política y no meramente como consecuencia de la ley. Cabe destacar que el tipo de poder clásico y arcaico que daba al soberano derecho de vida y muerte a los ciudadanos no es sustituido plenamente en esta sociedad, sino que coexiste con el mecanismo organizado alrededor de la disciplina y la regulación que protege y cultiva la vida. Esto se percibe en el derecho de matar a cualquiera, no solo a los sujetos que no forman parte del régimen y se oponen, sino también a los propios ciudadanos. La muerte aquí significa eliminación del peligro y, por lo tanto, el fortalecimiento de la especie. Muerte que no es solo directa, sino que también es indirecta por medio de la exclusión o el rechazo.

1.2 La normalización de la vida

El biopoder que describe Foucault no solo cultiva y controla la vida, sino que además, la organiza y la optimiza en un formato preestablecido y definido como normal. ¿Pero qué es normal? ¿De qué hablamos cuando utilizamos los términos normalización, normalidad o norma? Hablamos de un sistema, un principio, una herramienta de control político que, según lo indica Foucault, funciona en el contexto de una sociedad disciplinaria: “la norma es lo que puede aplicarse tanto a un cuerpo al que se quiere disciplinar como a una población a la que se pretende regularizar” (Foucault, 2000:229).

En la tesis foucaultiana, la sociedad contemporánea es denominada sociedad disciplinaria: ciertas prácticas y relaciones de poder, pero también ciertas formas de saber, tipos de conocimiento y tipos de sujetos de conocimiento, emergen a partir y en el espacio de esta sociedad disciplinaria. Entonces, la importancia de la cuestión de la normalidad y su implicancia en las relaciones de poder - saber.

Cabe señalar que el funcionamiento político de la normalización de la vida requiere primero la construcción de una norma, un modelo óptimo, un patrón que será el aceptable y que implica que las personas, sus gestos y comportamientos se ajusten a él. Luego, el ser normal va a responder precisamente a la capacidad que tenga cada sujeto de adecuarse a esa norma postulada; y el ser anormal, a la incapacidad o desvío de ese ideal. La norma tiene así un carácter primariamente prescriptivo.

Es importante mencionar que la idea de normalidad supone también que los propios sujetos se autorregulen y autocontrolen, pero también una observación del otro, pues el poder significa relaciones entre los individuos de manera que uno puede determinar voluntariamente la conducta de otro para que se adapte a la norma.

Para asegurar el ser normal, la dimensión anatómica del poder se vale de mecanismos disciplinarios por los cuales se descompone a los individuos, se los analiza y se los modifica. En este sentido, se fijan procedimientos de adiestramiento progresivo y de control permanente con los que se busca adecuar a los cuerpos a un sistema normal de (re)producción y, por ello, se definen los movimientos, lenguajes y conductas posibles para toda la población: se vigila a los individuos y se los obliga a cumplir con su rol social asignado, pero también se los castiga.

Estos mecanismos disciplinarios, además, permiten hacer una distinción de aquellos capaces de los incapaces, lo cual conlleva a que se instale una división binaria y una marcación: normal-anormal, peligroso-inofensivo, loco-no loco; para finalmente hacer una distribución diferencial: dónde debe estar o qué se debe hacer con cada uno de los cuerpos marcados.

A fin de cuentas, se trata de una normalización al nivel individual pero también, al nivel de una multiplicidad biológica. Llegamos al punto en que es preciso destacar que la norma funciona de manera diferente según los dos niveles de escala que tiene el biopoder. Por un lado, la norma de la disciplina que configura lo que está permitido o es obligatorio y a su vez, lo que está prohibido. Por el otro, la norma de la regulación que, con base en la norma instalada y unos saberes y tasas de normalidad definidos, evalúa estadísticas y resultados, y acciona con técnicas políticas para el equilibrio de la población. Aquí es entonces, donde se manifiesta la otra dimensión del poder, es decir la biopolítica que opera sobre la vida de la especie.

Este poder sobre la vida se organiza alrededor de dos polos, mecanismos o tecnologías articuladas unas sobre otras, y que no son del mismo nivel. “Tenemos, por lo tanto, dos series: la serie cuerpo - organismo - disciplina - instituciones; y la serie población - procesos biológicos - mecanismos regularizadores - Estado” (Foucault, 2000:226). Surge entonces, una primera observación: en la sociedad que describe Margaret Atwood es posible identificar que

coexisten las dos dimensiones del poder que Foucault llamó anatomopolítica y biopolítica, ambas al servicio del nuevo régimen proyectado en la novela.

La anatomopolítica que opera individualizando a los cuerpos y está centrada en el cuerpo como máquina y en los fenómenos singulares, es el impulso individualizante, un poder basado en el disciplinamiento capaz de introducir correcciones en cada uno de los cuerpos y ordenar su conjunto global a la norma. Se trata de la primera adaptación de los mecanismos de poder en aparecer, y que está destinada al individuo en el nivel del detalle y en un nivel local en el marco de diversas instituciones. Vemos entonces que, en la sociedad disciplinaria y por tanto en el relato de Atwood, entra en juego toda una batería de instituciones de encierro a las que los sujetos deben ingresar para que les digan lo que tienen que hacer con su cuerpo. Es una red de secuestro que fija a los individuos y dentro de la cual está encerrada su propia existencia.

El panóptico como estructura, sintetiza esta dinámica del poder infinitesimal sobre el cuerpo activo que describe Foucault. Representa un tipo de implantación de los cuerpos en el espacio, para su formación y transformación, para corregir las anormalidades, para sofocar rebeldías de las singularidades, y actuar preventivamente; un espacio cerrado, vigilado, de control del tiempo, de exámenes e incluso de autovigilancia, para lograr que el individuo esté, permanentemente, hasta en sus menores gestos, localizado, examinado y registrado sin la necesidad de una intervención directa. Se trata de un estado consciente y permanente de visibilidad inducido en los sujetos. Pues, “existe este panoptismo en el nivel más simple y en el funcionamiento cotidiano de instituciones que encuadran la vida y los cuerpos de los individuos: el panoptismo, por lo tanto, al nivel de la existencia individual” (Foucault, 1980:54).

Pues bien, tal como lo describe Foucault, el panóptico puede ser comprendido como un modelo generalizable de funcionamiento capaz de integrarse a una función cualquiera: educativa, terapéutica, productiva. Es una arquitectura que opera toda como una manera de definir e intensificar las relaciones de poder con la vida cotidiana de las personas. Un sistema que actúa, ya no sobre las infracciones cometidas, sino más bien sobre lo que un individuo es, o lo que puede llegar a hacer, es decir, al nivel de las virtualidades; lo cual agrega la cuestión de la peligrosidad y, por tanto, la probabilidad latente de que ocurra una trasgresión. Podemos decir entonces, que se configura una sociedad panóptica en la que la vigilancia sin interrupción es el eje central, y en donde las miradas recorren rostros, cuerpos y actitudes de manera permanente. Vigilancia y control, pero también corrección. Es la edad de la “ortopedia social” (Foucault, 1980).

Es este punto, es preciso mencionar que se advierte la presencia de este aparato arquitectónico en la sociedad que se describe en *El cuento de la criada*, pues todos los sujetos están perfectamente individualizados y constantemente visibles. Vigilancia múltiple y entrecruzada que está por todos lados, y por la cual se penaliza la más mínima infracción. Coerción por un lado, que supone inhibir a las personas de comportarse de una manera opuesta a la nueva ley, y coacción, por el otro, que se ejerce obligándolos para que actúen en contra de su propia voluntad.

Cabe finalmente señalar que el poder disciplinario, al investir instituciones, proporciona instrumentos de intervención material, eventualmente incluso violentos. El poder de castigar tiene como función señalar y reducir las desviaciones, haciendo penables hasta las fracciones más pequeñas de la conducta. Se trata de hacer que cada sujeto se encuentre “atrapado en una universalidad castigable-castigante” (Foucault, 2002:209).

El segundo polo, que constituye la biopolítica y surge a fines del Siglo XVII, es una segunda adaptación de los mecanismos de poder, en este caso, vuelta hacia los fenómenos biológicos de las masas humanas. Es una tecnología destinada a la multiplicidad de los hombres y mujeres, un poder centrado en el control de la vida a nivel especie. Es necesario aclarar que hablamos de una nueva faceta del poder que no excluye a la anatomopolítica, sino que la engloba, la integra, y la utiliza.

La biopolítica procura controlar una serie de acontecimientos riesgosos que pueden producirse en una masa viviente. La finalidad es el equilibrio y la regulación de las poblaciones que son concebidas como el producto de una operación biopolítica que, dentro de la multiplicidad viviente, circunscribe grupos que son atravesados, comandados, regidos por procesos de leyes biológicas y con determinadas características a las cuales se quiere intervenir. Se manifiesta entonces como un poder civilizador, que cultiva, protege, multiplica y asegura la vida. Tiene un impulso masificador interviniendo en el nivel de las determinaciones de los fenómenos generales.

Es posible observar que, en esta ficción creada por Atwood, los mecanismos biopolíticos ya no se aplican para formar una masa uniforme de cuerpos productivos, fuerza de trabajo, consumidores, sino para una multiplicidad de cuerpos cuyos destinos biológicos suponen tener hijo/as. Por ello, a partir de registros de antecedentes, estadísticos y demográficos, se va ejercer un control sobre la vida y una administración de todos los procesos inherentes a las poblaciones vivas: natalidad, procreación, morbilidad, higiene, epidemias y efectos del medio ambiente (Foucault, 2000). Biopolítica que, además, va a eliminar a los que no hayan podido entrar a, o rediseñarse en, la categoría de normales.

Ahora bien, teniendo en cuenta que, según Foucault, “no existe relación de poder sin construcción correlativa de un campo de saber, ni saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo relaciones de poder” (Foucault, 2002:37), se deduce que las vidas humanas están atravesadas por saberes y poderes que configuran una determinada época. Entonces, será importante analizar cómo la sociedad de *El cuento de la criada* produce, controla, selecciona, organiza y redistribuye su discurso.

Dado que el campo del saber está ligado al ejercicio del poder, quienes ejercen el poder son los que producen discurso poniendo en práctica mecanismos de exclusión y de control. Se trata de enunciados que definen qué es verdadero o falso, qué es correcto o incorrecto, qué es entonces, normal o anormal.

1.3 Biopoder con perspectiva de género

Lo normativo controla a los individuos marcando qué expresiones son aceptables y cuáles no, incluso también en cuanto a la sexualidad. En este sentido, el dispositivo de poder prescribe al sexo un orden, trazando sus límites y fronteras (Foucault, 1977). La sexualidad se encuentra en los dos polos del biopoder, esto es, tanto en la órbita de control individualizador de la anatomopolítica, como así también en la esfera de acción de la biopolítica dado que se inscribe en los procesos biológicos que le corresponden a la especie, precisamente por sus consecuencias procreadoras.

Ahora bien, en la bibliografía foucaultiana en donde se analiza las relaciones de poder y el discurso sobre el sexo, hay pocas referencias a una mirada de género. Como es sabido, existe histórica, social y culturalmente una influencia de estructuras patriarcales en la sexualidad y subjetividad de las mujeres. Entonces, la cuestión de género juega un papel crucial en la política del sexo y en la relación entre el poder, cuerpo y construcción de subjetividad: en cómo se fijan los límites y validez de los cuerpos, en cómo los sujetos van a organizar sus representaciones acerca de sí mismos, de los otros y de su lugar en la sociedad.

Tal como lo postula Judith Butler, el género es una construcción social, y una serie de suposiciones acerca del género y la sexualidad normativas deciden por adelantado lo que pasará a formar parte del campo de lo humano y lo vivible (Butler, 2007). En la sociedad de *El cuento de la criada* -pero también en algunas sociedades contemporáneas- se dan continuidades entre la cuestión del sexo, género, identidad y prácticas sexuales de un modo binario: una matriz de normas heterosexuales obligatorias que impone el poder, incluso desde antes de nacer. Las mujeres, identidades, roles y prácticas sexuales son construidas por y sometidas a un discurso de opresión, explotación y dominación masculina: una mujer es una mujer en la

medida en que funciona como mujer en la estructura heterosexual dominante que la posiciona como subsidiaria al varón y donde el objetivo es la reproducción. No encajar en esta norma inmutable convierte a las disidentes en no mujeres y el castigo es la tortura o el destierro.

Por otro lado, es curioso que en esta ficción, las mujeres que son oprimidas y victimizadas por el discurso dominante, se dedican también ellas mismas a ejercer el poder y reproducir el mismo discurso que las oprime y subyuga. En este punto, cabe mencionar la cuestión del sometimiento en el proceso de subjetivación que describe Butler. Se trata de una sumisión primaria al poder pues éste ejerce presión sobre el sujeto, pero también lo forma, y le proporciona la misma condición de su existencia. De este modo, el sujeto no solo es sometido por el poder, sino que depende de ese poder que lo subordina. En *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción* (2001), Butler destaca además que, tanto las ideas de Foucault acerca de la producción discursiva del sujeto, como también la doctrina de la interpelación de Althusser, ambas coinciden en una subordinación fundacional. Así, la filósofa estadounidense, retoma en su obra el funcionamiento de la ideología, a partir de las enunciaciones desarrolladas por Althusser. Entonces, si la ideología es la forma en que las personas entienden su mundo y como señala Althusser, es el conjunto de discursos en cuyos términos entendemos nuestra experiencia, *El cuento de la criada* es un claro ejemplo de cómo la ideología está operando de manera discursiva. Se difunden ciertas enseñanzas por las que cada individuo asume la tarea y rol que va a llevar adelante en la sociedad, reproduciendo así la sumisión a la ideología dominante. Hay sujetos manipulados y controlados por el nombre de la ideología, y también unos agentes que practican y representan la ideología de la clase dominante por sus propias doctrinas y discursos.

En el relato de Atwood, se emplean diferentes formas de opresión: se controla a los individuos a través de instituciones como el lenguaje y también se utilizan formas más extremas de intimidar a las personas, como la ejecución y la colocación de cuerpos colgados en público.

La ideología siempre se ha ubicado como el aparato más vital de gobierno y grupos dominantes de una sociedad, para que los sujetos permanezcan obedientes y operen de acuerdo a unos códigos fijos y rígidos. Los sujetos se mueven consciente o inconscientemente a la manera que la ideología quiere y saben que, si rompen ciertas reglas o las violan, serán severamente castigados. La huella de la opresión y la represión puede verse a lo largo de toda la novela de una manera obvia, violenta, antigua y primitiva.

En la tesis de Althusser, el nivel represivo en el que se hacen cumplir las leyes y normas, y cuya violación tiene graves consecuencias, constituye el llamado aparato estatal represivo. Represivo sugiere justamente que el aparato del estado (Gobierno, Administración, Ejército)

ejerce funciones mediante la violencia, al menos en última instancia -ya que la represión puede adoptar formas no físicas-. En *El cuento de la criada* hay otro cuerpo de instituciones que no funcionan predominantemente con represión, y que representan a los aparatos ideológicos del estado, que son los familiares o escolares, y en cuyas prácticas se inculca y se realiza la ideología dominante.

Ahora bien, si “No hay ideología sino por el sujeto y para los sujetos” (Althusser, 1989:200) o, dicho de otra manera, solo existe la ideología para sujetos concretos y por la categoría de sujetos, podemos decir que, en esta novela, los individuos en tanto que sujetos, reproducen y resisten esa lógica por la que son constituidos y son constituyentes.

¿Cómo se construye entonces el poder?, ¿cuáles son los mecanismos políticos de sometimiento, vigilancia y castigo?, ¿de qué modo los sujetos vivencian esos procesos?, ¿cómo y por qué los cuerpos de las mujeres se constituyen en objetos y objetivos de poder?, ¿cómo opera la dialéctica sujeción/emancipación?, ¿es posible pensar en una otra alternativa? ¿con qué estrategias políticas? Foucault advierte que donde hay poder, hay resistencia. Está presente en todas las redes de poder, en el campo estratégico de las relaciones de poder. Entonces si el biopoder tiene grietas en las cuales las fuerzas vitales logran infiltrarse y reaccionar, habrá que prestar atención a las respuestas activas por parte de los sujetos dominados, que no se limitan a amoldarse a las presiones de los mecanismos disciplinantes, sino que tienen también una potencial transformación de lo existente, de lo dado.

Así, lo productivo no será solo relativo al poder sino también a aquellos sobre quienes se ejecuta la imposición. La sociedad que describe Atwood exhibe actos minúsculos, originales, silenciosos que aprovechan la ocasión en la cual se presentan distracciones en la vigilancia, para transformar, subvertir y transgredir lo impuesto por el régimen. Lo imaginario, lo simbólico, el amor, la amistad, la lucha, desde los márgenes o incluso, de manera frontal, es lo que a las personas de esta sociedad les permite sobrevivir.

Llegado aquí, y a partir de las nociones teóricas expuestas, este trabajo se dedica en adelante a profundizar en el proceso subjetivación y en los constructos de género, poder y resistencia que se observan en la novela de Margaret Atwood. El objetivo es localizar una serie de rasgos y particularidades a partir de los cuales, es posible insertar esta sociedad hipotética e indeseable bajo la esfera de la estrategia y tácticas políticas que resulta característica de la sociedad disciplinaria. Asimismo, identificar el rol de la mujer y los imperativos de la reproducción y la vigilancia: sus sentidos, representaciones y prácticas asociadas.

Capítulo 2: En el nombre de Dios

2.1 La religión como productora de sentidos y posibilidades

Reflexionar sobre las estrategias que permiten el control, la dominación, la opresión, la represión, el despojo y la naturalización de la violencia, específicamente en la relación entre poder, cuerpo y construcción de subjetividad, implica pensar no solo en quienes gobiernan sino en todo el tejido social, y en la idea de que más que poseer el poder, se ejerce a partir de innumerables puntos, y en el juego de relaciones móviles y no igualitarias.

Tal como se describió en el primer capítulo de esta tesina, se trata entonces de superar las limitaciones del poder soberano concentrado en un solo centro y mirar al poder con una concepción que excede al Estado y sus aparatos, pues el biopoder está en todas partes: se halla disperso en una red difusa de interacciones cambiantes y dinámicas e implica “múltiples sometimientos, múltiples sujeciones, múltiples obligaciones que tienen lugar y funcionan dentro del cuerpo social” (Foucault, 1979:142).

He aquí un poder, tal como lo señala Foucault, que es una relación entre individuos que se expresa en actos, una relación no exclusivamente de soberanía, sino de dominación. Por eso, la forma de estudiar este poder en la obra de Margaret Atwood, identificar su construcción e indagar en su funcionamiento, es partiendo de las técnicas y las tácticas de dominación, lo cual implica dirigir la investigación hacia los “operadores materiales” (Foucault, 1979).

Ahora bien, en esta distopía donde el orden existente se redimensiona hacia un lugar peor, no se describen nuevas formas de construcción e implementación de poder. Está presente, en sus bases, la lógica binaria que rige todo pensamiento autoritario: quien no está con ellos, está en contra, y por lo tanto hay que someterlo, doblegarlo o eliminarlo. Por eso, se configura un “otro” y toda diferencia es percibida como un obstáculo para los objetivos del régimen. Es un poder que toma como suya la autoridad y el control, el desprecio y el castigo, produciendo un efecto de sumisión de ese otro, que no busca sino permanecer con vida.

Entonces, ¿cómo se inicia la configuración del dispositivo de poder en *El cuento de la criada* (2017)? Esta ficción presenta un mundo afectado por una industrialización salvaje, un capitalismo extremo y una contaminación e infertilidad crecientes. Contexto que es aprovechado por *Los hijos de Jacob*, un movimiento interno de religiosos ortodoxos que deciden convertirse en un movimiento político y llevar a cabo una revolución machista, conservadora y religiosa con la bandera de fundar una nueva raza humana. Así, convierten la forma de gobierno en una teocracia y destruyen todos los órdenes políticos, jurídicos y sociales.

Instauran, como consecuencia, la República de Gilead a partir de una serie de medidas que buscan erosionar y eliminar el Estado y la democracia vigentes: se asesina al presidente, se suspende el Congreso y se anula la Constitución. “Fue después de la catástrofe, cuando le dispararon al presidente, ametrallaron el Congreso y el ejército declaró el Estado de excepción. En ese momento culparon a los fanáticos islamistas” (Atwood, 2017:242).

Acto seguido, este movimiento ultraconservador establece una censura para la prensa y se cierran periódicos aduciendo razones de seguridad, pues en sus bases, el objetivo del grupo es llevar adelante un discurso único que les permita ejercer un control total y reestablecer valores retrógrados. En este sentido, también “empezaron a levantarse barricadas y a aparecer los controles de identificación” (Atwood, 2017:243).

Luego, respecto a las libertades y derechos civiles, el régimen decide cancelar el acceso de las mujeres al trabajo, al pago remunerado y a sus cuentas bancarias; y de esta manera, se las fuerza a permanecer en sus casas, a depender de sus maridos o sus padres, y a no contar con independencia económica: “Las mujeres ya no podemos tener nada de nuestra propiedad, me informó. Es una nueva ley” (Atwood, 2017:249). Así, los varones comienzan a asumir un rol paternalista y protector.

Poco a poco se clausuran comercios, se cierran empresas y se echan a los empleados; “Ellos están afuera, explicó, en mi despacho. Si no os marcháis ahora, vendrán ellos mismos. Me han dado diez minutos” (Atwood, 2017:246). Los libros, las universidades y las artes terminan desapareciendo.

El gobierno de Gilead si bien se basa en una República, no cuenta con un Senado, sino que sus órganos dirigentes se denominan “Comité” o “Consejo”. El poder está formalmente concentrado en los “líderes de los files”, aquellos que comenzaron la revolución y los únicos que pueden ser considerados ciudadanos libres. Hombres que, se reparten el poder y establecen esta dictadura autoritaria contra la población civil. Instauran una vuelta al pasado, pero al mismo tiempo, artefactos, maquinarias, ciertas tecnologías y desarrollos, son resignificados para sus propios objetivos.

Los derechos humanos son suprimidos y, en su lugar, se aplica de forma tajante la ley divina. Una ley que se cree ha sido revelada por un poder superior, y que se materializa bajo una aplicación estricta de la Biblia. Así, las políticas de gobierno son idénticas a los principios de la religión dominante, y los “líderes de los fieles” representan a Dios y su fe; y, por tanto, todas las decisiones que toman tienen fuente de inspiración divina.

La propiedad privada -al menos para la población general-, también deja de ser un derecho, pues para la filosofía de Gilead, “Si tienes demasiadas cosas, te aferras en exceso al

mundo material y olvidas los valores espirituales. Bienaventurados los humildes” (Atwood, 2017:103).

Por otro lado, una de las cuestiones que más impresiona es que se trata de una sociedad en la que, en tanto escasos, las mujeres fértiles y lo/as niño/as son bienes preciados. Esto, lejos de implicar un privilegio, significa que se limitan sus libertades. Se priva a estas mujeres de sus hijo/as, se les prohíbe la lectura y la escritura, y se las encierra en centros de adoctrinamiento quedando en posiciones dominadas y vulneradas sistemáticamente. Lo/as niño/as son educados para vivir una vida con “propósito”, como siervos de Gilead, con un fuerte compromiso a Dios y a su palabra.

Es un gobierno teocrático que se centra en la reproducción, tomando un control absoluto sobre las mujeres y específicamente de su sistema reproductivo, a través de una justificación biológica: “Lo único que hemos hecho es devolver las cosas a lo que manda la naturaleza” (Atwood, 2017:302).

Se instala una normalidad en donde las mujeres fértiles son forzadas a una vida de servidumbre sexual para tener hijos e hijas. Esto no es otra cosa, que una aplicación literal y fundamentalista de las Sagradas Escrituras, una inspiración en la historia bíblica de Raquel y Bilha, en la que Bilha, una sierva, da hijos a Jacob, el marido de Raquel, porque ella misma no podía concebir.

En el nombre de Dios, los nuevos líderes de Gilead y también otros agentes que representan su ideología, consideran que los individuos deben purificarse para comprender la palabra sagrada, desarrollar una conciencia cristiana, internalizar el significado de los signos y símbolos religiosos, dar un nuevo sentido a sus vidas, y acceder a la promesa de salvación. Describir, entonces, el proceso por el cual los individuos se constituyen en sujetos en esta historia implica pensar no solo en el tipo de poder, sino también en el rol que ocupa, y advertir como componentes fundamentales del proceso, el sometimiento y la sujeción: el sujeto no solo es sometido por el poder, sino que depende de ese poder que lo subordina.

Siguiendo los postulados teóricos de Judith Butler desarrollados en el marco teórico de este ensayo, podemos decir que en Gilead, el poder no solo ejerce presión sobre el sujeto, dominándolo y subordinándolo continuamente desde afuera, sino que también lo forma, le proporciona la misma condición de su existencia y le configura sus creencias, perspectivas e identidades. En esta vida social, el aparato político produce el campo de sujetos políticos posibles (Butler, 2001), cada uno con una función y un lugar específicos, que no se eligen ni se pueden discutir. La acción y efecto de sujetarse o someterse, responder a los términos, categorías o tipos de sujetos preestablecidos, les otorga a los individuos la posibilidad de

existencia y, a la vez, permite asegurarla. Se trata entonces de una situación de dependencia que revela un vínculo de apego al sometimiento producto de los manejos del poder.

Dado que la sumisión da el ser al sujeto, tal como lo señala Butler, hay una lógica de sumisión primaria al poder, sea través de la productividad discursiva de la que habla Foucault, sea a través de la noción althusseriana de interpelación según la cual el sujeto se constituye al ser interpelado.

Así, desde la concepción productiva del poder, el sujeto es enmarcado y formado por una matriz discursiva que difunde un ideal normativo y normalizador. Para Foucault, el proceso de subjetivación se realiza a través del cuerpo, pues los discursos dan vida al cuerpo, lo moldean, aproximan y contienen dentro de ese marco ideal.

Según Althusser ser sujeto significa reconocer las interpelaciones, recibirlas, aceptarlas y en cierto modo, ser vulnerable ante ellas. Los términos con los cuales somos nombrados, nos constituyen socialmente y nos confieren la propia existencia social. En *El cuento de la criada*, la voz de la interpelación que nombra quién es quién, es imposible de rechazar: “antes de responder a ella, uno ya está comprometido/a con los términos del reconocimiento errado pero vivificador que ofrece la autoridad a la que posteriormente se rinde” (Butler, 2001:125).

2.2 Quién es quién: mujeres con función reproductora

En Gilead no existe más la libertad, hay un sistema de estratificación social bien definido: una sociedad de castas en la que se asigna lugares y funciones individuales a los sujetos, haciendo posible un control de cada cual.

La mujer no tiene privacidad. El hombre sí. Las mujeres tienen un lugar secundario y están en la casa para la reproducción de las fuerzas del varón. Los hombres tienen el poder, unos dominan como líderes de la revolución, otros de menor categoría, se dedican a tareas de seguridad. Pero lo verdaderamente relevante es el papel que se les otorga a las mujeres: se definen por su asociación con su fisiología reproductiva, así como su asociación con la naturaleza; mientras que los hombres se definen por su mente y su asociación con la racionalidad. Es aquí donde se puede ver el peso del patriarcado.

En este nuevo régimen, las mujeres se dividen en legítimas e ilegítimas. Las primeras, son las Criadas, Tías, Esposas, Marthas, Econoesposas; mientras que las segundas, son las que terminan en un club nocturno o en las colonias, lugares tóxicos donde se limpian los desechos nucleares.

En clave cristiana ortodoxa, esta sociedad intenta evitar la lujuria y el deseo carnal descontrolado, instaurando unas reglas del vestir. Las mujeres son obligadas a guardar decoro,

mostrar sobriedad y recato, llevar vestidos largos que cubren sus cuerpos, su pelo siempre recogido y a no usar maquillaje; excepto las mujeres devenidas prostitutas del club nocturno cuyo código es diferente: sus rostros están maquillados, sus pelos sueltos, usan zapatos de taco alto y sus vestidos son sensuales, con escotes y de colores llamativos, e incluso “algunas tienen ropa interior como la que se usaba antes, camisones cortos, pijamas cortos y algún que otro salto de cama transparente. Otras llevan trajes de baño, enteros o bikinis” (Atwood, 2017:322).

El propósito principal de la mujer en esta sociedad es parir -si su fisiología reproductiva lo permite-, cuidar y criar a los niño/as. Dentro de las mujeres legítimas, hay una categorización y diferenciación visible por sus roles, sus vestimentas y los lugares en los que se encuentran, instalando una discriminación entre clases dentro del mismo sexo. El color de los vestidos revela fundamentalmente la condición de mujer reproductora o no dentro de la sociedad.

En Gilead, como se anticipó en la introducción de este trabajo, las mujeres fértiles tienen un valor especial y son sometidas a servir a la nación como Criadas: son tratadas como cuerpos que deben dar descendencia a la clase gobernante, pues de ellas depende el futuro de la raza humana.

Es un grupo heterogéneo en el que se encuentran las mujeres homosexuales -tipificadas como traidoras de género-, las amantes, las divorciadas y las madres solteras, todas usadas como esclavas reproductivas, pues se las considera que han hecho algo en contra de la ley de *Los hijos de Jacob*.

Para crear esta casta, el grupo de extremistas religiosos que creía que Estados Unidos necesitaba ser salvado del pecado y la corrupción, captura a todas las mujeres fértiles contra su voluntad, les quitan a sus hijos e hijas -los cuales son entregados a matrimonios importantes para el régimen que no pueden tener descendencia propia-, y las encierran en centros de disciplinamiento para que su vida pase a centrarse únicamente en el objetivo de tener hijo/as para los Comandantes y sus Esposas. Una vez adoctrinadas, se las asigna a un Comandante y se vuelven su propiedad, llegando incluso a perder su identidad. Esta posesión se ve reforzada por los nombres que reciben, es decir el nombre del Comandante precedido de la preposición “de”, por ejemplo Deglen; que pertenece al Comandante Glen.

La protagonista de esta historia es June Osborne. Y aquí una primera distinción de la novela respecto a la serie. Atwood nunca revela el verdadero nombre de su personaje principal, no obstante, dado que sí menciona el nombre June, muchos lectores interpretaron que ese era el nombre real, por lo cual se decidió utilizarlo para la serie de televisión.

June es una mujer de unos treinta años que, previo al régimen totalitario, era editora de libros en Boston, Massachusetts, estaba casada con Luke Bankole y tenía una niña pequeña,

Hannah. En su intento por escapar a Canadá, las incipientes fuerzas de seguridad los persiguen a los tiros. Luke se desvanece, June toma a su hija y busca esconderse en el bosque: “Por favor, quédate callada; pero ¿lo logrará? Es muy pequeña, ya es muy tarde, nos separamos, me sujetan de los brazos, todo se oscurece” (Atwood, 2017:117). Entonces lo peor ocurre, Gilead se lleva a su hija Hannah, captura a June, la despoja de todos sus derechos y la ubica en el rol más desagradable: el de ser una Criada¹.

A June se le prohíbe usar su nombre, y luego de una etapa de adoctrinamiento donde debe asimilar las obligaciones que le corresponden, pasa a ser Defred, literalmente, “De Fred”, propiedad de Fred Waterford, el hombre de la casa a la que fue asignada. En su etapa fértil del ciclo menstrual, debe participar durante tres días consecutivos de las siniestras “ceremonias”, un ritual de procreación en donde es violada por su Comandante para quedarse embarazada pues, “Nuestra misión es la de procrear: no somos concubinas, ni geishas, ni cortesanas” (Atwood, 2017:196).

Todas las Criadas tienen tres oportunidades de quedar embarazadas en tres casas diferentes, a lo largo de los dos años en que permanecen en cada una de esas casas. Si transcurrido este tiempo, no han tenido un hijo o hija sana, son enviadas a las colonias.

Estas mujeres se ven obligadas a usar uniformes rojos que cubren sus cuerpos, y sus rostros son ocultados con una especie de cofia o sombrero blanco inspirado en la época media victoriana y en los hábitos de las monjas, como una forma de preservar su inocencia y pureza sexual: “Salvo la toca que rodea mi cara, todo es rojo, del color de la sangre, que es el que nos define” (Atwood, 2017:31). El color rojo es por María Magdalena, y representa la fertilidad y el nacimiento, también la desgracia y el señalamiento; pero a medida que avanza la historia también simboliza la ira y la rabia.

El sombrero les impide ver el mundo a su alrededor, solo lo hacen en una visión distorsionada: “con un pequeño movimiento de la cabeza, arriba y abajo, a un costado y hacia atrás. Hemos aprendido a ver el mundo en fragmentos” (Atwood, 2017:60).

Las Criadas llevan una dieta especial y, la mayor parte del tiempo, se quedan en sus habitaciones sin nada que hacer. La excepción son los paseos que se hacen solo en compañía de otra Criada. Sus palabras y los temas de conversación son reducidos al mínimo, marcando la obediencia a la voluntad procreadora de Dios. Por ejemplo, cada vez que se encuentran con alguien, se dirigen a la otra persona con la frase “bendito sea el fruto” y el destinatario responde, “que el señor madure”, haciendo referencia a la fertilidad y al deseo de procreación.

¹ Ver anexo, Imagen 1 - Criada Defred.

Esta ficción entonces, diseña los cuerpos, los movimientos y las expresiones posibles de las mujeres, en una configuración binaria de la sexualidad, con unos modos de subjetivación y de interpelación basados en la reproducción de la vida de la especie humana. Una asignación que resulta asumida completamente, en primera instancia, por las mujeres con función reproductora.

2.3 Quién es quién: Tías, Esposas, Marthas, *Jezabels*, No Mujeres

Uno de los grupos con mayor poder entre las mujeres, es el de las Tías. Suelen ser mujeres que, con anterioridad a la fundación de esta nueva república, cumplían roles con un cierto grado de autoridad y, ahora, son fuertes defensoras de la doctrina: no solo la representan, sino que también la practican de un modo despiadado.

Las Tías, son las encargadas de domesticar, entrenar y supervisar a las Criadas. Las dirigen, pero también las vigilan para que cumplan las normas y, si es necesario, las castigan si cometen alguna imprudencia. Su objetivo es que sean sumisas, y su responsabilidad, cuidar sus cuerpos. Esto no es más que un reflejo de la concepción por la cual la Criada es solo un cuerpo, y las Tías son responsables de dividir a la mujer de su cuerpo, de despersonalizar el cuerpo puesto al servicio de la nación.

Como socias del poder, no solo adoctrinan al grupo y le transfieren la ideología dominante, sino que también promueven el rol de Criada como “honorable”, pues consideran que “El futuro está en vuestras manos [...] Extendía las manos hacia nosotras, en ese antiguo gesto que significaba tanto un ofrecimiento como una invitación a un abrazo, una aceptación” (Atwood, 2017:82).

Su vestimenta es de color marrón, y su vestido, rígido y con ciertas referencias al ejército como la chaqueta militar, el cinturón y el emblema en forma de pin que llevan en la solapa de su abrigo que simboliza el Centro Rojo, el lugar de adoctrinamiento de Criadas donde son formadas antes de cumplir su misión en la casa de los Comandantes.

Llevan siempre colgada una picana para usar con el grupo, y despliegan otros métodos de castigo físico como la tortura o la mutilación, para obligar a las siervas de Dios, a comportarse según los estándares de Gilead: que no es más que un orden de sometimiento de la mujer. Expresiones como “bienaventurados sean los mansos” o “bienaventurados sean los que callan”, evidencian una vez más, la importancia que ellas le dan a la obediencia y a la sumisión, pues para las Tías, recato e invisibilidad son sinónimos: “Nunca lo olvidéis. Si os ven -si os *ven*- es como si os penetraran, añadía con vos temblorosa. Y vosotras, niñas, debéis ser impenetrables. Nos llamaban ‘niñas’” (Atwood, 2017:58).

Un dato importante, es que las Tías son las únicas mujeres que tienen permitido leer y escribir. Esto es así porque, en la etapa de adoctrinamiento, leen a las Criadas ciertos pasajes bíblicos y sermones para inducirles una nueva moral y un nuevo rol. También porque son ellas, las Tías, las que analizan los perfiles de las Criadas a través de los registros que tiene la nación, les asignan sus puestos en cada hogar y llevan registros escritos sobre cómo evoluciona, por ejemplo, el embarazo de una Criada mes a mes.

Como Tía, Lydia Clements², es la instructora encargada de la reeducación de June, y parece tener con ella una especial obsesión. Es brutal y la somete a severos castigos físicos, pero a también se preocupa por ella, pues cree profundamente en la misión y doctrina de Gilead.

Las Esposas, por su parte, son la escala social de mujeres más alta en Gilead y están casadas con los “líderes de los fieles”. Disfrutan de una vida tranquila y acomodada, pero a pesar de tener cierto poder, están relegadas a las órdenes de su marido: son delicadas, comprensivas, calladas y, en definitiva, sumisas compañeras. Su lugar es la casa, y se las reduce a la actividad doméstica, destacándose en el bordado o en la jardinería. Podemos decir que las Esposas se dedican fundamentalmente a administrar el hogar y a dirigir las tareas que desarrollan allí otro grupo de mujeres.

Visten de azul, rememorando a la figura de la Virgen María, pues son las mujeres consideradas moralmente puras y por eso, tienen el privilegio de casarse. La opulencia que las caracteriza tiene su máxima expresión en los momentos en que su vestuario incluye tocados, guantes, sedas y gasas. Ellas mantienen un prestigio, pero son estériles y necesitan de las Criadas para sustituir su infertilidad y asegurar su descendencia. Por ello, tienen que ver cómo sus maridos violan a otras mujeres a las que ellas mismas les quitarán a lo/as hijo/as que resulten fruto de la violación. En palabras de la protagonista, la Criada Defred: “Estoy con los brazos levantados; ella me sujeta las manos con las suyas. Se supone que esto significa que somos una misma carne y un mismo ser. Pero el verdadero sentido es que ella controla el proceso y el producto de éste, si es que existe alguno” (Atwood, 2017:140).

A menudo ser una Esposa sin hijo/as es aburrido, monótono y solitario. Por eso, en su mayoría estas mujeres, se vuelven resentidas, malvadas y principalmente celosas de las Criadas por su capacidad de concebir.

De entre las Esposas sobresale Serena Joy³, la señora del Comandante Waterford. Una mujer decidida, severa, calculadora y anti-feminista. Ocupó un papel clave en los inicios de

² Ver anexo, Imagen 2 - Tía Lydia.

³ Ver anexo, Imagen 3 - Serena Joy, Esposa del Comandante Fred.

Gilead, específicamente en lo que respecta a la configuración y aplicación de las leyes religiosas, y defendiendo la idea de que las mujeres volvieran a valores y roles tradicionales; pero tuvo que ser relegada a un segundo plano por su género y dejar de trabajar para ubicarse en el rol de Esposa, en sus palabras: “un pequeño sacrificio para ser bienvenida en la gracia de Dios” (Miller et al., 2018). Es clave advertir que Serena defiende el sistema, aunque se sienta internamente frustrada en algunos aspectos, pues no puede hacer que sus opiniones sean escuchadas. Ella puede expresar sus ideas con humildad, pero sabe que no será tomada en cuenta. Son ellos, los varones, quienes lo manejan todo.

Ahora bien, Serena no puede controlar nada, excepto a Defred, su Criada. A lo largo de esta historia se muestra la dinámica de la relación entre ambas, mayormente expresada en momentos de odio e ira, pero en otros, de empatía.

La versión más pobre de las Esposas está dada por las Econoesposas. Si bien son legítimas, se encuentran en una escala social muy baja y no tienen ningún poder. Eso sí, pueden llevar una vida familiar normal junto a sus maridos e incluso pueden tener sus propios hijo/as si son fértiles. Podemos decir que ellas, en esta sociedad, todavía tienen un mínimo de independencia. Además, son quienes tienen mayor variedad de colores en sus ropas (rojo, verde y azul) ya que cumplen todas las funciones principales de las otras castas.

Sean biológicas, adoptadas por la clase alta, o fruto de un servicio de las Criadas, las niñas⁴ están siempre vestidas de un rosa pálido hasta su casamiento, como una forma de representar su pureza e inocencia. Asisten a colegios donde solo se las educa en artes domésticas y no tienen permitido aprender a escribir ni leer.

Por otra parte, las mujeres que el poder convierte en Martha deben servir a la familia en todo lo que sea necesario, y su aporte en la sociedad, se reduce a limpiar y cocinar en las casas de los Comandantes. También se dedican a cuidar a lo/as niño/as del hogar.

Suelen ser mujeres adultas, de minorías étnicas, no casadas, probablemente infértiles, consideradas de clase inferior que se visten de un color verde apagado, con vestidos sencillos tejidos en lino o algodón. Suelen llevar un delantal y usan pañuelos para cubrir su cabello. Cabe mencionar que para ellas también rige el sistema del patriarcado, pues si la Martha vive más que su jefe, será desterrada.

Rita⁵, es la ama de casa de la familia Waterford y particularmente en la novela, se observa que su vínculo con June no es para nada amistoso, más bien es un tanto tenso y

⁴ Ver anexo, Imagen 4 - Las niñas en Gilead.

⁵ Ver anexo, Imagen 5 - Rita, la Martha de los Waterford.

despectivo, pues según June, entre otras cosas, a Rita “Le gustaría hacer la compra, escoger exactamente lo quiere, envidia mis paseos. En esta casa, todos envidiamos algo de los demás” (Atwood, 2017:82). Mientras tanto, en la serie televisiva, Rita se presenta menos confrontativa y mucho más amable, e incluso se convierte en cómplice y aliada de June para resistir y escapar a lo largo de las distintas temporadas.

Respecto a las mujeres ilegítimas, están las *Jezebels*⁶, mujeres obligadas a prostituirse en prostíbulos secretos a los que asiste la élite de la clase dominante. Estos clubs nocturnos no están oficialmente aprobados por el gobierno, ya que claramente violan todas las leyes y valores que defiende Gilead, pero extraoficialmente el régimen acepta que los hombres “tienen necesidades”.

Estas mujeres son aquellas que no encajan en la moral de Gilead, ya sea por su condición sexual o por ser disidentes políticas o feministas, y por eso se las degrada y trata como objetos sexuales en lugar de personas. Al concebirlas como mujeres ilegítimas, se refuerza el discurso de que realmente estas mujeres tienen responsabilidad por cualquier desviación respecto a la norma. Son, por lo tanto, prisioneras dentro de estos clubs nocturnos llamados *Jezebel* debiendo participar en actos sexuales con los clientes del club, lo quieran o no, y son expulsadas si se consideran demasiado problemáticas.

Es curioso mencionar también que los hombres de alto rango suelen llevar a sus Criadas a este club, algo que está totalmente prohibido y pone en riesgo la vida, pero lo hacen porque “les produce placer. Es como joder en el altar, o algo así [...] Les encanta veros maquilladas. No es más que otro lamentable desliz del poder” (Atwood, 2017:333).

Finalmente, está la categoría de No Mujeres⁷ que son aquellas mujeres que tienen un pasado oscuro para el régimen y no encajan en la nueva sociedad: nunca se casaron, son viudas, infértiles, feministas, lesbianas, monjas, disidentes o consideradas criminales. Y por ello, son torturadas y desterradas a áreas de frontera hasta el día de su muerte. Estos lugares predestinados son las llamadas colonias, áreas que han sido ecológicamente devastadas, aparentemente debido a una mezcla de contaminación industrial, accidentes químicos-radiológicos y una posible guerra química. Allí las No Mujeres, pero también todas aquellas mujeres que no se han podido adaptar al régimen, son condenadas a trabajos esclavos de limpieza de los residuos tóxicos y quema de cadáveres, que es esencialmente una sentencia de muerte, pues calculan que como máximo se puede sobrevivir allí tres años. “No se molestan

⁶ *Jezebel* hace referencia a una reina de Israel mencionada en la Biblia y conocida por sus costumbres libertinas. El cristianismo asocia su nombre a la promiscuidad. Ver anexo, Imagen 6 - Las mujeres ilegítimas en *Jezebel*.

⁷ Ver anexo, Imagen 7 - Las No Mujeres en las colonias.

en alimentarlas mucho ni en darles ropa protectora ni nada de eso, resulta más barato así. Además, se trata en su mayoría de gente de la que quieren deshacerse” (Atwood, 2017:339).

A fin y al cabo, Criadas, Tías, Esposas, Marthas, *Jezabels*, No Mujeres, son las clases de mujeres que en esta ficción, demuestran la reproducción de las fuerzas del varón, la reproducción de la heteronormatividad dominante en los términos en que lo entiende Judith Butler, y por la cual se asume un binarismo de género y se expone la violencia de las normas que impone el poder, marcando el lugar secundario que debe ocupar la mujer.

2.4 Quién es quién: hombres

Como se señaló anteriormente, los hombres son quienes tienen el poder y las competencias necesarias para dominar en la sociedad: una forma de articular la razón con la perspectiva de género. Por un lado, se marcan diferencias biológicas y psicológicas naturales entre hombres y mujeres; por otro el otro, se jerarquiza estas diferencias de modo tal que las características masculinas son superiores a las femeninas. Se trata de un sistema machista, en donde ellos dirigen, vigilan, violan, castigan, leen, escriben, y no están sujetos a penas o ejecuciones con la misma frecuencia en que lo están las mujeres de todas las clases.

Si bien la mayoría trabaja en seguridad, hay cuatro categorías principales en función del poder que ejercen.

Los hombres de alto rango que gobiernan Gilead son llamados Comandantes de los fieles. Son la clase política, funcionarios que ocupan los cargos más altos del poder y son quienes diseñaron y establecieron esta teocracia por lo que suelen ser entonces, fieles seguidores y creyentes de Gilead. Estos hombres visten de negro para mostrar superioridad, prestigio y elegancia.

Como abanderados de la refundación de la nueva raza humana con base en una reproducción administrada, tienen una mayor presión por procrear y por eso, se reparten entre ellos las Criadas fértiles. Es preciso señalar que, en este nuevo mundo, hay indicios de que en realidad son los varones los infértiles. Pero el problema es que, si ellos no pueden engendrar, quienes son culpadas son las mujeres, y en particular las Criadas. Nuevamente, la variable patriarcal siempre presente.

El cuento de la criada trabaja con una noción de virilidad basada en un lugar común: hombre con autoridad, protector y capaz de fecundar. La posibilidad de ser padre y dejar descendencia en Gilead no solo es preciada sino que confiere categoría. En una reunión que nuclea a estos funcionarios, se anuncia: “Debemos felicitar también al Comandante Horacio, recién promovido por el embarazo de su Esposa” (Miller et al., 2018).

Fred Waterford⁸, es la cabeza de familia donde June Osborne está esclavizada como la Criada Defred y es el esposo de Serena Joy. En la forma en que trata a su esposa y a todos los demás debajo de él, se revela su lado cruel. Sin embargo, le gusta que los demás crean que es un hombre amable y justo. En varias oportunidades perdona a Serena y a Defred, haciendo creer al lector y espectador que tiene un lado blando.

Definitivamente tiene una debilidad por Defred y rompe algunas de las reglas de Gilead por ella. Sin embargo, también puede ser despiadado a veces.

Los Comandantes son los únicos que tienen acceso a *Jezabel*, el club nocturno que ofrece mujeres en forma de prostitución. Fred explica que “esto es solo para oficiales, de todas las secciones; y para altos funcionarios. Y delegaciones comerciales, por supuesto. Estimula el comercio. Es un sitio ideal para conocer gente. Fuera de aquí apenas se pueden hacer negocios” (Atwood, 2017:325). Así, la cosificación de las mujeres tiene poder económico global, fortaleciendo conexiones burocráticas. Y, sin embargo, incluso en un estado extremista como Gilead, estos actos de inmoralidad sexual pasan desapercibidos cuando son realizados por hombres poderosos.

En la escala de clases, debajo de los Comandantes, están los Ángeles cuya función es servir en el ejército de Gilead. Son los soldados de la república y pueden llegar a ser de alto rango si sirven bien a su país.

Luego, aquellos soldados muy jóvenes o demasiado viejos para ser ángeles, conforman la casta de Guardianes⁹. Estos hombres sirven como fuerzas de paz en las ciudades, son soldados de infantería en el ejército de Gilead para una vigilancia rutinaria; y también para prestar funciones serviles como ser guardaespaldas, oficiales de seguridad y conductores personales de los Comandantes.

Se los trata como una fuerza militarizada, controlada y dotada de recursos, y se les asignan camas y viviendas construidas específicamente para ellos. Se les priva de su sexualidad como hombres a los que aún no se les permite tocar a las mujeres: “Si piensan en un beso, de inmediato deben pensar en los focos que se encienden y en los disparos de fusil” (Atwood, 2017:49). Esto es un tipo de privación diferente a la de las Criadas, que toma la forma de servidumbre reproductiva no consentida, pero a fin de cuentas, es una privación.

Son hombres que vigilan, y con ellos Gilead establece y mantiene el estado de miedo: los Guardianes de la Fe están en todas partes con sus uniformes. Su presencia inevitable es para

⁸ Ver anexo, Imagen 8 - Comandante Waterford.

⁹ Ver anexo, Imagen 9 - Los Guardianes de la Fe.

asegurarse de que nadie vaya a donde se supone que no debe, o haga lo que no se le autorice: “No se nos permite la entrada, hay Guardianes, y no existe ninguna razón oficial para que bajemos por esas escaleras y viajemos en esos trenes, por debajo del río y la ciudad principal” (Atwood, 2017:61).

Conocidos como los Ojos de Dios, este grupo es la policía secreta de la República de Gilead. Los Ojos son como espías, responsables de vigilar a todas las castas, mantener la ley y el orden, buscar signos de rebelión, y erradicar a los infieles y traidores que pongan en peligro al país. Nick Blaime¹⁰, que ocupa el rol de chofer de la familia Waterford, es también un Ojo de Dios, en tanto trabajo secreto que le da un poder extra en Gilead. Si bien su rol visible es el de ser Guardián, como verdadero Ojo debe denunciar toda posible infracción y actos de rebelión, aunque eso signifique incluso delatar a alguien dentro su propia casa. Su vínculo con June sobrepasa los límites de lo permitido, y va de lo sexual al enamoramiento, poniendo en riesgo sus propias vidas.

Cabe destacar finalmente que, la mayoría de la población en Gilead, se clasifica como Econopersonas: gente de menor rango, que no es tratada de manera diferente a los trabajadores esclavos, y que realizan tareas en granjas o comercios. Estos hombres usan ropa con esquema de color verde apagado o gris.

Con lo visto hasta aquí, es preciso advertir en Gilead la configuración de un poder cuya racionalidad religiosa no solo produce sentidos y posibilidades sino también el campo posible de sujetos políticos. Como se mencionó en este capítulo, ningún individuo deviene sujeto en esta historia sin antes padecer sujeción. Pero no se trata solamente de un poder que actúa sometiendo al sujeto y le da la condición de su posibilidad y ocasión de su formación, sino que además el sujeto adopta y reitera ese poder en su propia actuación para una continuada condición de posibilidad (Butler, 2001). En este sentido, para poder existir socialmente y no morir en esta sociedad distópica, debe haber dependencia, se debe aceptar la subordinación y normalización que se impone desde el poder. He aquí una dependencia fundamental ante un discurso que ni las Criadas, Marthas, Guardianes, Ángeles o Econopersonas han elegido.

Poder, finalmente, como producción política de verdad y de realidad a partir de un juego de posiciones. Pues, “estamos sometidos a la producción de verdad desde el poder” (Foucault, 1979:140) y habrá que estar atentos en *El cuento de la criada* a la capacidad que tiene este poder de hacerse amar.

¹⁰ Ver anexo, Imagen 10 - Nick Blaime, Guardián y Ojo de Dios.

Hemos llegado al punto en que es necesario preguntarse e indagar, tal como lo señala Foucault, acerca de “cómo funcionan las cosas al nivel del proceso de sometimiento, o en aquellos procesos continuos e ininterrumpidos que someten los cuerpos, guían los gestos, rigen los comportamientos” (Foucault 1979:143), tema que es desarrollado en el capítulo siguiente.

Antes de finalizar, es importante destacar que, siendo *El cuento de la criada* un *bestseller* y su adaptación televisiva un éxito de distribución internacional, varios son los *papers*, ensayos, columnas de opinión y artículos que han analizado la historia desde múltiples perspectivas. En el presente trabajo, se decide tomar dos informes de investigación que se consideran relevantes para retomar otras interpretaciones y complementar el análisis de la relación entre la vida y el poder.

Capítulo 3. Las redes del poder

3.1 Un análisis infinitesimal

En sus escritos, Foucault propone evitar un análisis de la representación del poder. Decide en cambio, abordar el poder desde su funcionamiento, dando lugar a un estudio de las relaciones de poder, de la microfísica del poder. Esto implica, como ya se presentó en el primer capítulo de este ensayo, no quedarse en la idea de quién detenta el poder, sino en advertir que el poder está en todos lados, como formas de dominación y formas de sujeción que operan localmente, en una oficina, en un ejército o en una propiedad donde existen relaciones serviles. Se trata de relaciones de poder que no son la proyección pura y simple del gran poder soberano, sino que son relaciones que demuestran que el poder se origina desde abajo, atravesando capilarmente a los sujetos y sus cuerpos.

Ahora bien, si todos estamos en situación de poder, en un campo de múltiples relaciones de fuerza, siempre tensas, siempre en actividad, “lo que es interesante es, en efecto, saber, cómo en un grupo, en una clase, en una sociedad operan mallas de poder, es decir cuál es la localización exacta de cada uno en la red de poder, cómo se ejerce, cómo se conserva, cómo impacta en los demás” (Foucault, 1991:30). Pues, como el poder circula, no es que de un lado están los que tienen, y del otro los que no; nunca está localizado aquí o allá o es atributo de riqueza o un bien: el poder forma redes, el poder funciona y se ejercita a través de una organización reticular y está difuso en todo el tejido social. Y es, a raíz de esta característica del poder, que no habrá que preguntarse por la estrategia de conjunto, sino por las maniobras y las disposiciones en los confines últimos, allí donde el poder se vuelve capilar, allí en sus formas e instituciones locales, allí en los elementos más moleculares, allí en los individuos que son individualizados dentro de la multiplicidad viviente y que están siempre en situación de sufrir o ejercitar ese poder.

En este capítulo se busca presentar, entonces, las tácticas de dominación allí donde se localizan y producen efectos reales, y analizar cómo la red de las relaciones de poder intencionadas en Gilead atraviesa los aparatos y las instituciones, y fija a los individuos. También, advertir cómo la disciplina y la regulación perfeccionan técnicas de poder orientadas hacia los individuos y destinadas a gobernarlos de manera continua y permanente. Y finalmente, describir cómo en *El cuento de la criada* (2017) se presenta la anatomopolítica y la biopolítica. La primera, como tecnología política que hace blanco en los individuos hasta anatomizarlos. La segunda, como una serie de técnicas que se ejercen sobre los individuos en

tanto entidad biológica administrada para producir, en esta ficción, la población que conforma la sociedad distópica.

Pues bien, ante todo: ¿en qué contexto opera esta red de poder? Como anticipamos anteriormente, *Los hijos de Jacob* organizaron el ascenso de la República de Gilead ideando una filosofía y una estructura social muy clara y despiadada para el desarrollo de una teocracia patriarcal. Sus enseñanzas y legislación están influenciadas por su propia interpretación rígida, literal y fundamentalista de las Sagradas Escrituras.

Refundar la raza humana, domesticarla y reeducarla, salvarla del pecado y la corrupción implica, para estos líderes -y poco a poco para otros sujetos del cuerpo social-, el ejercicio de una serie de bloques tácticos en el campo de las relaciones de fuerza para asegurar efectos de poder y de saber.

Por un lado, los medios y las noticias están fuertemente censurados, y en caso de utilizarlos solo se incluye propaganda para promover los ideales y valores de Gilead, mientras asignan cualidades malignas a sus enemigos, llamados terroristas.

Para desalentar a las mujeres de la lectura, se eliminan las palabras escritas y cualquier texto público, incluidos los nombres y carteles de los comercios¹¹. Toda información en Gilead se retransmite mediante carteles con imágenes o pictogramas. “En la fachada de la tienda hay un letrero enorme, en forma de azucena: se llama Azucena Silvestres. Debajo de la azucena, aún se ve el sitio donde estaba pintado el rótulo; pero decidieron que incluso los nombres de las tiendas eran demasiada tentación para nosotras” (Atwood, 2017:53). Además, no hay dinero, solo un sistema de tarjetas que se usan como medio legal de pago y que tienen dibujados los alimentos por lo que se puede cambiar: huevos, queso, carne, etc.

Cualquier obra de arte, película, música, programas de televisión, libros y todo material publicado está prohibido, y cualquier persona que tenga tales objetos será castigada brutalmente o sentenciada a muerte.

Por otro lado, los efectos de poder también se dan en el lenguaje como una herramienta más de control y manipulación de la sociedad. Se evidencia que antes había un lenguaje y ahora hay otro, sobre todo porque se prohíbe el uso de ciertas palabras. Además, expresiones como “nos ha tocado buen tiempo” (Atwood, 2017:46) o “bendito sea el fruto” (Atwood, 2017:379), resultan suficientes para expresarse y relacionarse con el otro.

Como contrapartida, se crean nuevos términos, conceptos o frases como recurso de los personajes que forman la resistencia para luchar contra el poder. La de mayor resonancia es

¹¹ Ver anexo, Imagen 11 - Prohibición y despojo.

*Nolite te bastardes carborundorum*¹² (Atwood, 2017:89), frase que la protagonista Defred, encuentra en el armario de su habitación en la casa del Comandante Waterford a la que ha sido asignada como Criada, y de la cual se aferra para lidiar con la opresión que padece. En sus palabras, poco a poco, esta frase “ahora resuena en mi cabeza, no tanto como una oración sino como una orden” (Atwood, 2017:210). Es evidente que el mensaje fue escrito por la Criada anterior, y aún con el riesgo de tener presente que está prohibido escribir, aquella mujer deja el mensaje para quien llegara después.

El viejo mundo fue borrado y reemplazado, parcialmente, por un nuevo orden. Nuevos signos y símbolos de afirmación del régimen forman parte de la gramática del lugar como, por ejemplo, la bandera de la República de Gilead que consiste en una paloma verde azulada levantando sus alas mientras sostiene una rama de olivo en su boca, con un resplandor solar amarillo de veinticuatro rayos encima. Todos elementos que hacen referencia a cuestiones bíblicas, pero también a la Alemania nazi. Por su parte, las furgonetas negras siempre presentes, infunden terror ya que representan el vehículo de los Ojos, grupo que se encarga de erradicar a los insurgentes; pero también rememoran, ni más ni menos, el terrible accionar de regímenes dictatoriales en torno a los secuestros. Asimismo, la presencia de Ángeles y Guardianes que custodian las calles y portan metralletas, afirma la vigilancia y el estado de terror que infunde la República. Finalmente, como ya se dijo, las vestimentas de cada casta también producen sentido.

A propósito de los símbolos, es interesante introducir la lectura de Lobera Teresa (2018) en su trabajo de grado para la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, pues dedica un análisis detallado a la simbología y la representación femenina en esta ficción que posiciona como una distopía crítica feminista. Para él, en *El cuento de la criada* existe una serie de símbolos que tienen relación con lo femenino y la representación de las mujeres en esta historia: por un lado, los narcisos y los tulipanes para referir a la capacidad de concebir un niño/a; y por el otro, los espejos y la posibilidad de (re)conocimiento de sí. Tema que es retomado en el capítulo siguiente, al analizar críticamente el rol de las mujeres y en particular, el de las Criadas.

3.2 Disciplina y regulación

Habiendo detallado las características del nuevo orden de poder en Gilead, es necesario profundizar en el tema de las invenciones de tecnología política que se hacen presentes en esta

¹² Traducida al español como No dejes que los bastardos te hagan polvo. Ver anexo, Imagen 12.

red de relaciones de poder intencionadas. Entonces, la disciplina y la regulación como dos técnicas que, si bien tienen objetos diferentes, están articuladas. Pues, tal como se señaló en el primer capítulo, el biopoder con sus mecanismos interviene tanto en el cuerpo individual como en el cuerpo especie.

En este sentido, podemos observar que en esta sociedad que describe Atwood, existe con claridad la anatomopolítica y la tecnología que Foucault llamó disciplina: un mecanismo del poder por el cual se llega a los elementos más tenues, a los propios átomos sociales, esto es, a los individuos. Un mundo de procedimientos disciplinarios, de técnicas de individualización y estrategias de normalización caracterizadas por el encierro, la vigilancia y el castigo. “Cómo vigilar a alguien, cómo controlar su conducta, su comportamiento, sus aptitudes, cómo intensificar su rendimiento, cómo multiplicar sus capacidades, cómo colocarlo en el lugar donde será más útil; esto es lo que es, a mi modo ver, la disciplina” (Foucault, 1991:15), definición que nos advierte el descubrimiento del cuerpo como algo manipulable, al cual se lo puede explorar, transformar y educar, y que en consecuencia va actuar obedeciendo y respondiendo a esos métodos de control que garantizan la sujeción de sus fuerzas y le imponen una relación docilidad-utilidad.

Podemos decir entonces, que este mecanismo de individualización del poder, esa manipulación de los cuerpos es una tecnología que Gilead institucionaliza y pone en práctica con rigor, dureza y sin contemplación para normalizar, manipular y así lograr sus fines.

Pues bien, como señala Foucault, es preciso destacar que la disciplina organiza un espacio analítico, individualiza a los cuerpos, los distribuye y los hace circular en un sistema de relaciones, y esto lo realiza empleando varias técnicas.

La primera técnica que vemos implementada en Gilead es la clausura. La ciudad está cerrada¹³, sitiada y guardias controlan la entrada y la salida con la intención de asegurar el supuesto orden y seguridad que promueve el régimen. En segundo lugar, se divide el espacio en zonas: a cada individuo, su lugar; y en cada emplazamiento, un individuo. Por ejemplo, en la llamada ceremonia del Exhibirrezo¹⁴ en la que se lleva a cabo una serie de casamientos previamente acordados, la distribución de los sujetos en el espacio claramente marca un control disciplinario. Por un lado, hileras ocupadas por las Esposas y las hijas de los oficiales o funcionarios de alto rango. Por el otro, una zona destinada a las mujeres de rango inferior, las Marthas. Por último, el espacio de las Criadas delimitado con un cordón: “esta cuerda nos aísla,

¹³ Ver anexo, Imagen 13 - Clausura.

¹⁴ Ver anexo, Imagen 14 - Distribución espacial.

nos distingue, impide que los demás se contaminen de nosotras, forma un corral, una pocilga en la que entramos y nos distribuimos en filas, arrodillándonos en el suelo de cemento” (Atwood, 2017:295).

Con esta técnica, en consecuencia, se establecen no solo los espacios que pueden ser transitados por los cuerpos sino también las circulaciones permitidas y las que no, pues es preciso anular los efectos de las distribuciones indecisas, aglomeradas, inutilizables o peligrosas. En este procedimiento entonces, se define un esquema anatómico-cronológico del comportamiento para una mejor economía del tiempo y de los gestos. Tal como lo reseña Defred, para los paseos en los que realiza las compras, debe salir de la casa, caminar directo hacia la esquina y esperar allí a su compañera. La otra Criada acude a su encuentro y se detiene frente a Defred: “nos miramos a la cara a través del túnel blanco que nos sirve de marco. Es la que esperaba. – Bendito sea el fruto – me dice, pronunciando el saludo aceptado entre nosotras. – El Señor permita que madure – recito la respuesta aceptada. Nos volvemos y pasamos por delante de las casas grandes” (Atwood, 2017:45).

En *El cuento de la criada*, se describe una dominación de la mujer a través de su cuerpo, su postura y movimientos mediante una observación permanente. Como lo describe la protagonista, se asiste a un control de la marcha del cuerpo como una tropa¹⁵: “emprendemos el largo camino de regreso, coordinando nuestros pasos tal como está establecido para que parezca que actuamos de común acuerdo” (Atwood, 2017:381).

Lo curioso de esta historia es ver cómo esta disciplina centrada en el cuerpo es perpetrada en muchos casos por otras mujeres, en especial, las Tías. Una decisión estratégica de control de los cuerpos no solo para que se ajusten a sus deseos, sino también para que puedan operar como una máquina: el cuerpo solo puede actuar dentro de las relaciones de poder. En este sentido, al ser la disciplina una anatomía política del detalle (Foucault, 2002), las Tías que cumplen el papel de agentes de adoctrinamiento, ejercen un control minucioso e imponen una economía de los gestos y postura de los cuerpos. Por ejemplo, en lo que respecta a la noche en que se va a realizar el nefasto ritual de procreación, la Criada debe cumplir con una disposición corporal¹⁶ previamente inculcada por la Tía Lydia. Esto se puede observar en la siguiente descripción de June: “Dejo las manos donde están, cruzadas sobre mi regazo. Los mulsos juntos, los talones pegados debajo de mi cuerpo, presionándolo. La cabeza gacha” (Atwood, 2017:123).

¹⁵ Ver anexo, Imagen 15 - Las Criadas marchan en tropa.

¹⁶ Ver anexo, Imagen 16 - Anatomía política del detalle.

Las disciplinas también prosperan a través del control del tiempo y de las actividades: la vida cotidiana en Gilead recuerda una existencia monástica donde se establecen ritmos, se imponen ocupaciones particulares, y se regulan ciclos de repetición. Defred comenta que “está sonando la campana que mide el tiempo. Aquí el tiempo lo miden las campanas, como ocurría antes en los conventos” (Atwood, 2017:30). La campana también señala un cambio en el tiempo o un cambio en la actividad o la rutina. Por ejemplo, cuando se acerca el Nacimóvil, el vehículo que nuclea a las Criadas que deberán asistir a la Criada embarazada en el nacimiento de su hijo/a, o cuando hay un condenado al cual deben agredir hasta causarle la muerte. Pero las campanas también marcan otro tipo de deber, el de participar de la ceremonia, el ritual de violación.

La disciplina fabrica así cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos que son trabajados en el nivel mismo de la mecánica: movimientos, gestos y actitudes, cuerpos que obedecen y responden, cuerpos dóciles. Se trata, a fin de cuentas, de la existencia en esta ficción de una tecnología disciplinaria del cuerpo que se presenta como mecanismo de la anatomopolítica.

Y finalmente, ¿qué podemos decir respecto de la tecnología regularizadora de la vida? Es importante recordar que Gilead tiene el objetivo de lograr un equilibrio global de la población, pues como se mencionó, la especie se está reduciendo por la contaminación ambiental y la capacidad de engendrar bebés escasea. De ahí entonces que se empleen una serie de técnicas de observación no solo de las condiciones de vida en la ciudad, la higiene pública o la alimentación, sino también de la relación natalidad-mortalidad; todo esto para controlar o minimizar los riesgos, y que la población pueda desarrollarse. Pues, los fenómenos que se toman en consideración en esta escala del biopoder son colectivos, y se vuelven pertinentes en el nivel mismo de las masas. Podemos decir que esta faceta se traduce en políticas públicas, en conductas masivas para todos por igual.

En este sentido, vemos cómo una de las claves de esta historia está dada en orientar, de manera estratégica, la regulación como mecanismo de la biopolítica de modo que se ejerza una serie de presiones y tácticas políticas sobre la multiplicidad viviente para establecer una especie de homeostasis, estimular la natalidad y producir fundamentalmente otros individuos.

Una reflexión interesante al respecto, la realizan Cambra Badii, Mastandrea y Paragis en su artículo para la revista *Medicina y Cine* de la Editorial Universidad de Salamanca (2018). Ellas advierten que “la reglamentación de la vida pareciera girar en torno al mandato del nacimiento como fundamento de la especie humana” (Cambra Badii I, Mastandrea PB, Paragis MP., 2018:186). Así el valor de los sujetos está dado por la capacidad de gestar. La elección del término gestación resulta sumamente relevante pues a quien se cosifica es a la mujer

prestadora de un servicio y devenida en cuerpo gestante. Por ello, “la mujer gestante está condenada a considerar su embarazo desde una perspectiva funcional y no como un acontecimiento que concierne a todo su ser, debe vivir su embarazo en la indiferencia” (Cambra Badii I, Mastandrea PB, Paragis MP., 2018:186). Y, por tanto, no puede tampoco considerarse la madre del bebé que lleva en su vientre, pues madre será la Esposa a quien le entregará el niño/a al nacer.

Para concluir, es importante recuperar la idea de que la biopolítica, circunscribe un grupo con determinadas características a las cuales se quiere intervenir. Aparece entonces el concepto de población como problema político, a la vez científico y biológico. Así, en Gilead la biopolítica se presenta como un poder que actúa sobre este nuevo sujeto colectivo que es la población, buscando gestionar su potencia vital para hacerla más eficiente, más fecunda. Por ello, el objetivo de esta tecnología es multiplicar la vida administrando los procesos de reproducción y natalidad del grupo de las Criadas de un modo patriarcal y dictatorial: interviene en el nivel de las determinaciones de sus procesos vitales, con una gestión calculadora de la vida de este grupo escaso de mujeres fértiles. Mide la salud de sus ovarios, controla sus menstruaciones y regula los actos sexuales de procreación. Se trata de una autoridad y una intervención ejercida fundamentalmente por los varones, y que produce una subordinación e invisibilización de las mujeres.

3.3 “Que Su Mirada te acompañe”¹⁷: la vigilancia en Gilead

En los inicios de este régimen, frente a la muerte del presidente y de los miembros del Congreso, la población se sintió desorientada y amenazada por la falta de autoridad, y la vigilancia que se instauró fue percibida como una alternativa para el resguardo y la protección de los ciudadanos ante los llamados terroristas. Luego, se formalizó como un sistema y se volvió constituyente, despiadada y excesiva para el logro de los objetivos del grupo golpista, y como consecuencia, se implantó en la gente el terror hacia el régimen y hacia los pares.

Podemos decir entonces, que el poder disciplinario en Gilead se ejerce constantemente mediante una mirada vigilante -minuciosa e implacable- sobre el cuerpo, por lo que se asegura su subyugación y productividad. Este papel de vigilancia lo asume de una manera personal, la fuerza policial conocida como los Guardianes, que controlan y aseguran la supuesta paz en la ciudad, y a la vez pueden habilitar o deshabilitar todo movimiento, en especial el de las mujeres.

¹⁷ “Que Su Mirada te acompañe” (Atwood, 2017:79). Se trata de la fórmula de despedida correcta entre los sujetos de Gilead. El hecho de que Atwood coloque intencionalmente en mayúsculas “Su Mirada”, refuerza la idea de un ser supremo y omnipotente que acompaña y, a la vez, vigila.

Pero también hay un tipo de vigilancia omnipresente que es la de los Ojos, la fuerza del régimen que opera en secreto pues, “Nada escapa a los Ojos de Dios” (Atwood, 2017:268). Curioso resulta el término Ojos, pues remite a un ojo siempre abierto sobre la población, al juego de una mirada que coacciona y que equivale a la vez, a múltiples miradas vigilantes presentes en esta historia. En este sentido, es importante recuperar la idea de Foucault acerca de una vigilancia exhaustiva, capaz de hacerlo todo visible a condición de volverse ella misma invisible. Pues, se trata de una mirada sin rostro que transforma todo el cuerpo social en un campo de percepción: entonces, una representación simbólica de los ojos de Dios sobre la tierra que todo lo ven y a los que nada escapa. Los sujetos así, se reconocen vistos en plena luz del día, sin embargo, insertos en esta visibilidad “son objeto de una información, jamás sujeto en una comunicación” (Foucault 2002:232).

En Gilead nadie sabe cuándo está o no siendo vigilado y por eso, hay un estado de permanente autovigilancia sobre y contra sí mismo, en el que las personas se encuentran actuando como si estuvieran siendo observadas, incluso si no lo están, porque sospechan que cualquiera que esté alrededor puede ser un Ojo. Se desconfía de todos. Esto implica no solo una garantía de obediencia y sometimiento de los individuos, sino también una mejor economía del tiempo y de los gestos, de modo que no es necesario recurrir a medios de fuerza para obligar a la buena conducta. Tal como observa Foucault en *Vigilar y castigar*, “el que está sometido a un campo de visibilidad, y lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder; las hace jugar espontáneamente sobre sí mismo: inscribe en sí mismo la relación de poder en la cual juega a un tiempo los dos papeles; se convierte en el principio de su propio sometimiento” (Foucault, 2002:235).

En su narración, Defred, nos permite advertir que ha interiorizado fuertemente el dispositivo de disciplinamiento llevado a cabo por Tía Lydia, pues ya no importa si está o no presente, es como si fuese que ella la vigila constantemente porque sus palabras nunca desaparecen y se reiteran en cada momento de su nueva vida. Por ejemplo, tomando el baño que es requisito previo a la ceremonia -pero también un lujo para June porque la conecta con algo íntimo-, la voz de Tía Lydia resuena en su mente: “En un cuarto de baño, en una bañera, sois vulnerable” (Atwood, 2017:101). Esta idea refiere, ni más ni menos, a una autovigilancia impuesta porque es un espacio propicio para ahogarse o, más bien, suicidarse.

El lenguaje, una vez más, como instrumento de control y dominación, nos presenta su contribución con la vigilancia. Cada vez que las Criadas en público -llevando su toca blanca que le impide observar con total libertad su entorno-, se despiden con la frase “que Su Mirada te acompañe” (Atwood, 2017:382), se hace referencia no solo a la mirada de Dios, sino también

a la de los Ojos y a la del resto de los sujetos, dejando claro que siempre están vigiladas. En este sentido, cabe destacar que no se trata de únicamente de un sistema de relaciones de arriba hacia abajo, sino también lateralmente.

Se establece un sistema de espías, y en la gramática de circulación de las mujeres, se las priva de su libertad, poder y experiencias, y se las obliga a caminar de a dos, en la teoría para protegerse y acompañarse; en la realidad, para vigilarse mutuamente, servir como espía del otro¹⁸. Los paseos de Defred se limitan a salir a hacer compras en compañía de su vecina, la Criada Deglen. Sus conversaciones, el recorrido sobre el que circulan, el ritmo de su caminar y el modo en que disponen sus cuerpos, responden a la presión de los vigilantes y a suprimir todo lo que pueda llegar a distraer. Por eso, recurren a frases y comentarios de estilo estrictamente ortodoxo, pues nadie de las dos quiere correr peligro, como ser: “He oído que la guerra va bien - Alabado sea”, o “Nos ha tocado bien clima - Lo cual me llena de gozo” (Atwood, 2017:46).

El panóptico como estructura, sintetiza esta dinámica de poder. Su efecto mayor es inducir un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder. Lo esencial es hacer que la vigilancia sea permanente en sus efectos, que el individuo se sepa vigilado, aún sin la necesidad de serlo efectivamente. Un aparato arquitectónico configurado como una máquina de crear y de sostener relaciones de poder, independientemente de quienes la ejerzan, pues los mismos sujetos dominados por los efectos de poder, los prolongan en tanto engranajes de la red. Un individuo cualquiera, tomado casi al azar, puede hacer funcionar la máquina, y es indiferente el motivo que lo anima.

Por consiguiente, podemos decir que este modelo de disposición de los individuos en el espacio se observa en *El cuento de la criada* en tanto, no solo sociedad panóptica de vigilancia a cielo abierto, sino también en el interior de las instituciones educativas, familiares o penales en las que el poder tiene que imponer una conducta o intervenir a cada instante pues, “El panóptico [...] debe ser comprendido como un modelo generalizable de comportamiento; una manera de definir las relaciones de poder en la vida cotidiana de los hombres” (Foucault, 2002:237).

3.4 Instituciones de encierro

La disciplina, en tanto técnica política, inviste y coloniza instituciones, y proporciona instrumentos de intervención material orientada a los individuos. Tal como ocurre en las

¹⁸ Ver anexo, Imagen 17 - Vigilancia.

instituciones educativas o familiares, pero también en las llamadas instituciones de encierro como la prisión, el psiquiátrico o el hospital en donde se realiza una ortopedia de los cuerpos. Es importante mencionar que esta red de instituciones no tiene el objetivo de excluir, sino más bien de fijar a los individuos, sea a un sistema de transmisión de saber, a un proceso de producción o a un aparato de normalización.

En este apartado, el objetivo es profundizar en las instituciones de disciplinamiento en donde la anatomía del individuo es rediseñada. Hablamos de un sistema de reeducación, donde después de un período y gracias a una domesticación, corrección y normalización, se va a poder transformar a la persona en un individuo obediente. Quién es, dónde debe estar, qué se espera de él, qué puede o debe hacer y qué no, todo en términos de eficiencia y productividad. Pues, tal como lo desarrolla Foucault en *Los medios del buen encauzamiento* (Foucault, 2002), de lo que trata el poder disciplinario es de encauzar, es decir enderezar conductas y guiar a los cuerpos de acuerdo con sus fines.

Cabe destacar que, en estos recintos, se combinan varias técnicas. Por un lado, el examen y la vigilancia; por el otro, la sanción que normaliza. Con el examen se constituye al individuo como objeto y efecto de poder, y a la vez como efecto y objeto de saber pues, de la observación nace un saber, es decir, hay producción de conocimiento incluso en el interior de estas organizaciones. De esta manera, cada individuo es único, se lo puede describir, clasificar y comparar con otros. Y es también aquél cuya conducta hay que encauzar.

Estas instituciones son además un lugar donde el control se redistribuye: los propios encerrados empiezan a controlar, comienzan a responder al diseño que están recibiendo y van dando cuenta que aprendieron y que están siendo normalizados.

En *El cuento de la criada*, la institución de encierro que marca el pasaje del ser libre al “deber ser” es el Centro Rojo¹⁹. Un espacio compartido con otras mujeres fértiles a las que se va a preparar para su nueva realidad: la de ser Criadas, dar hijo/as a los hombres de alto cargo y entregarles el bebé cuando nazca. El Comandante Fred, en uno de sus nefastos discursos acerca del sentido que tiene para el régimen esta institución señala: “Un futuro brillante y abundante comienza justo aquí con la devoción de sus humildes sirvientas: nuestras Criadas. Estas instalaciones representan una visión compartida para restaurar un mundo moral en el que podamos servir a Dios [...] Repoblar esta tierra con niños sanos de la fe, es la promesa de Gilead” (Miller et al., 2018).

¹⁹ El régimen nombra formalmente este lugar como el Centro Raquel y Leah en honor a la historia bíblica que dio inspiración al rol de la Criada. Sin embargo, estas mujeres lo llaman Centro Rojo por el predominio del color rojo.

Esta institución es liderada por las Tías que, como socias del poder, entrenan a las Criadas para cumplir su rol y las ubican en una posición de sometimiento y opresión, siempre distribuyendo el discurso que produce y refuerza poder.

Las Criadas reciben un uniforme y están sujetas a una rutina estricta, en la que hay unos horarios rigurosos de capacitación en donde aprenden a caminar, arrodillarse, comportarse, obedecer y servir; y también unos seminarios²⁰ sobre temas como la ceremonia, el decoro y la Biblia. Allí, estas mujeres deben renunciar a sus identidades anteriores, asimilar las nuevas obligaciones que le corresponden y tener baja estima. Pues, no solo se trata de una educación del físico, sino también de la actitud moral. Se trata, a fin de cuentas, también de un intento de lavado de cerebro. Esto se puede advertir en los almuerzos de las Criadas en los que las Tías reproducen un disco para que el grupo escuche bienaventuranzas cristianas: “‘Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos será el reino de los cielos. Bienaventurados los dóciles. Bienaventurados los silenciosos’. Sabía -June- que ellos se lo inventaban, que no era así, y también que omitían palabras, pero no había manera de comprobarlo. ‘Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados’. Nadie decía cuándo” (Atwood 2017:134).

Existe lo que llama Foucault, un sistema preciso de mando donde las Criadas reciben órdenes terminantes durante el aislamiento correctivo. Hay un control permanente²¹ de la actividad de estas mujeres y una suspensión de todo lo que pueda perturbar o distraer. No pueden charlar, contenerse, y ni siquiera abrazarse. En el registro de sus días encerrada, Defred describe, “intentábamos dormir en los catres del ejército dispuesto en fila y separados entre sí para que no pudiéramos hablar. Teníamos sábanas de franela de algodón, como las que usan los niños, y mantas del ejército” [...] “no nos dejaban salir, salvo para dar nuestros paseos, dos veces al día y de dos en dos” (Atwood, 2017:24).

En el Centro Rojo, en definitiva, las mujeres se tienen que convertir en sumisas y dignas de lo que el discurso de Gilead decidió para ellas: una Criada estándar que se ajusta a una intención política determinada. Se trata de un sistema perverso donde hay sanción y fuertes castigos disciplinarios si no se respeta a las autoridades o si hay insurgencia. Aquí el castigo, es esencialmente correctivo y funciona, a la vez, como un recurso de amenaza de lo que puede ocurrir en caso de cometer infracciones a las reglas. Pero también, hay abuso de poder pues las Tías “permiten ir al baño siempre que levanten la mano, aunque existe un máximo de veces al día, y lo apuntan en una planilla. A veces, si pides permiso en un momento inadecuado, te dicen

²⁰ Ver anexo, Imagen 18 - Entrenamientos en El Centro Rojo.

²¹ Ver anexo, Imagen 19 - La vigilancia en El Centro Rojo.

que no. Y si realmente tienes que ir, puede ser terrible. Ayer Dolores mojó el suelo. Se la llevaron dos Tías, tomándolas por las axilas” (Atwood, 2017:113).

Cada Criada ingresa con un legajo de su pasado en Estados Unidos (familia, profesión, salud, educación) y las Tías incluyen registros sobre su conducta, comportamiento y rendimiento para luego elegirles el hogar adecuado donde van a cumplir su mandato de reproducción. En esta institución la individualidad se documenta y permite clasificar a cada mujer²². Se construye así un sistema comparativo entre individuos, unos respecto de otros.

En su estadía en este establecimiento, lo único que June puede hacer es adaptarse, pues lo que vale es su voluntad de supervivencia para recuperar a su hija secuestrada por el régimen.

3.4 Género, poder y sexualidad

El régimen de Gilead controla todos los detalles de la vida de las mujeres: su rol en la sociedad, su alimentación, vestimenta, sus gestos y movimientos, y hasta incluso su actividad sexual, pues con el sexo se garantiza también la vigilancia.

Entonces, más que un problema médico o moral, el sexo es un problema político porque, como advierte Foucault, es a través y bajo el pretexto de ese control de la sexualidad, que se hace de la sociedad una máquina de producir. Para este autor, el sexo articula las disciplinas individuales del cuerpo y las regulaciones de la población: “se tornará un instrumento de disciplina y va a ser uno de los elementos esenciales de esa anatomopolítica de la que hablé, pero por otro lado es el sexo el que asegura la reproducción de las poblaciones [...] El sexo es el eje entre la anatomopolítica y la biopolítica” (Foucault, 1991:20).

La política del sexo se va a integrar así al interior de toda esta política de la vida y sobre la vida de la especie humana, pues es el carácter de lo viviente lo que entra en consideración de las estrategias políticas. Cuál es la función social del sexo, qué es lo correcto, qué es lo decible, qué es lo posible, cuáles son las prácticas aceptables, en resumen, toda la sexualidad mediada por el poder.

Así, en *El cuento de la criada*, el mismo acto sexual no se vincula con el deseo sexual, sino que pasa a ser algo mecánico y controlado, un acontecimiento en función de un objetivo a cumplir: engendrar vida. Pues, “No tiene nada que ver con la pasión, ni el amor, ni el romance, ni ninguna de esas ideas con las que solíamos estimularnos [...] La excitación y el orgasmo ya no se consideran necesarios; sería un síntoma de frivolidad” (Atwood, 2017:141).

²² Ver anexo, Imagen 20 - Legajos de las Criadas.

De esta manera, *Los hijos de Jacob* administran y regulan la reproducción y natalidad instaurando una política del sexo y producen para ello, discursos verdaderos valiéndose de una interpretación estricta de la Biblia: “sean fructíferos y multiplíquense. Llenen la tierra” (Miller et al., 2018) demuestra que la relación sexual solo obedece a la reproducción como mandato social. Discursos que, a la vez, se hacen posibles dada la crisis de fertilidad que presenta el país y las estadísticas y mediciones de las que se valen todas las técnicas biopolíticas implementadas. Enunciados que, por otra parte, se distribuyen y circulan en todo el tejido social asegurando la reproducción de las relaciones de poder. En la población más joven de Gilead, más precisamente en una niña de quince años que recientemente ha sido asignada a un matrimonio pre acordado, se ve cómo se naturalizan estos mecanismos, pues sabe que “es su deber con Dios” (Miller et al., 2018). Ella tiene que ofrecer su cuerpo para cumplir con la función social de dar hijo/as, y su familia le ha enseñado cómo y porqué hacerlo.

Como es posible advertir, el vínculo entre los sujetos debe ser acorde a su destino biológico que, básicamente, se reduce a la relación entre un hombre que procrea a una mujer para dejar descendencia; y todo vínculo sexual o amoroso entre sujetos del mismo sexo biológico, se considerará una desviación respecto al mandatorio vínculo heterosexual. Y, como consecuencia, estos sujetos serán marcados como traidores de género por haber defraudado a la nación, y serán terriblemente castigados.

Mención aparte merecen las mujeres que antes del régimen eran monjas. Dado que el celibato va en contra del bien común, las monjas se ven obligadas a actuar en clandestinidad, o si las encuentran y acorralan, las presionan para retractarse: a las fértiles y jóvenes las convierten en Criadas, a las mayores las envían a las colonias.

La sexualidad entonces, como campo de intervención de este poder/saber centrado sobre la vida, es al mismo tiempo objeto y blanco.

Ahora bien, lo que se dice sobre el sexo y las prácticas sexuales demuestra una contrapartida, los hombres de alto rango en Gilead pueden disfrutar del sexo y sentir placer en *Jezabel*, aun cuando este lugar infringe todas las leyes y valores que defiende el país. A las mujeres, por su parte, se les está prohibido sentir placer e incluso a las Esposas se les reduce la posibilidad de tener relaciones sexuales con sus maridos, los Comandantes, pues para esta sociedad, el deseo carnal o la lujuria son pecado.

Entonces, surgen algunas preguntas: ¿por qué existen diferencias entre las prácticas sexuales de los hombres respecto a las de mujeres?, ¿por qué está vetada la sexualidad o el amor entre personas del mismo sexo?, ¿por qué en Gilead no hay otras orientaciones sexuales

e identidades de género diferentes a las normativas? Sin duda cabe anticipar el vínculo entre patriarcado y heterosexualidad obligatoria que presenta en esta ficción.

Llegado a este punto, y habiendo articulado la obra de Margaret Atwood con la relación entre sexualidad - poder - saber desde una perspectiva foucaultiana, es importante sumar la cuestión de género a la formación del dispositivo de sexualidad, por medio de los aportes teóricos de Judith Butler. Pues, en *El género en disputa* (2007), esta filósofa plantea que las normas de género son producidas y reproducidas culturalmente, y además cuestiona “la relación mimética entre género y sexo, en el cual el género refleja al sexo o, de lo contrario, está limitado por él” (Butler, 2007:54).

El género entonces, desde el pensamiento de Butler, es una construcción del poder y remite a una serie de patrones que se fijan por adelantado para y en los sujetos, y por los cuales se establece que los órganos sexuales se corresponderían con un determinado género y deseo heterosexual.

Vemos entonces que en Gilead se iguala el género al sexo de manera que los sujetos no pueden decidir libremente su identidad de género, ni tampoco vivir la sexualidad que deseen. Así pues, partiendo de una explicación normativa, el poder establece qué expresiones de género son aceptables y cuáles no en la sociedad de *El cuento de la criada*. Lo que rige es una continuidad entre la cuestión del sexo biológico, género, identidad y prácticas sexuales de un modo binario: una matriz de normas heterosexuales que impone el poder, incluso desde antes de nacer. Se trata entonces de una producción disciplinaria del género, una serie de suposiciones acerca del género y la sexualidad binaria que determinan el campo de lo humano y lo vivible (Butler, 2007). De esta manera se es hombre, masculino y heterosexual, o mujer, femenina y heterosexual, y quienes se alejan de la norma, están condenados.

El género se vigila constantemente, y desde el punto de vista biológico, marca una serie de obligaciones, límites y prohibiciones a nivel de los cuerpos de los sujetos: la reproducción y la monogamia es la regla -al menos para las mujeres en esta sociedad-.

3.5 Castigar

“Amareis al señor tu Dios con todo tu corazón. En pos del señor andaréis y él temeréis... y te aferrareis a él, y deberéis obedecer a él y a su palabra y la palabra de sus siervos aquí en la tierra, o sentiréis el dolor de juicio pues así es su amor” (Miller et al., 2018). Esta sentencia leída por la Tía Lydia nos introduce a considerar el castigo como una función social compleja. Y siguiendo a Foucault, tal como se postuló en el marco teórico, de lo que se trata entonces es de adoptar la perspectiva de la táctica política en cuanto a los castigos, pues el

poder legal de castigar que se reparte entre algunos tiene “un saber, unas técnicas y unos discursos científicos que se forman y se entrelazan” (Foucault, 2002:32).

En Gilead, el castigo por no obedecer y someterse, por no seguir la Biblia como verdad absoluta y cometer pecados, es público. El aborto, la anticoncepción, el amor entre personas del mismo sexo, el adulterio, la escritura o lectura, son consideradas traiciones al régimen y quienes las cometen, son severamente castigados, incluso hasta con la muerte.

Respecto al género y particularmente para con las mujeres, en este sistema se cree que son ellas las más propensas a la debilidad y al pecado. Entonces, para evitar la “criminalidad femenina”, se las obliga a presenciar ejecuciones públicas²³ para que vean, sin lugar a duda, qué tipo de castigo les espera si se atreven a rebelarse o a infringir las reglas.

La trasgresión de la ley es mostrada como un espectáculo que ocurre en un determinado espacio: los edificios de la Universidad de Harvard, ahora convertida en el lugar de la tortura y la negación de todos los valores y principios que se supone que defiende una universidad. En sus muros, cuelgan los disidentes y esos cuerpos funcionan como obras en un museo: están puestos ahí, expuestos, pero también exhibidos para ser vistos²⁴. En una de sus caminatas, Defred y su compañera Deglen se detienen juntas, como si respondieran a una señal, y se quedan mirando a los cuerpos: “No importa que miremos. Podemos hacerlo: para eso están ahí, colgados del muro. A veces los dejan durante días -hasta que llega un nuevo contingente-, para que los vea la mayor cantidad de gente posible” (Atwood, 2017:62).

Muertes masivas, acusaciones permanentes, pero también acciones sobre el cuerpo, dejando marcas visibles (cicatrices, extremidades amputadas y ojos arrancados) en aquél que no quiso obedecer, para que el resto pueda tomar distancia e identificar qué delito cometió. El terror y la paranoia, una vez más, siempre presentes como una garantía para que la población se involucre con la “vida buena”.

En este sentido, es importante volver a señalar que en la sociedad disciplinaria de *El cuento de la criada* se trabaja una idea de normalidad: un modo de ser puro, piadoso y (re)productivo. Un modo de ser en el que los cuerpos tienen dos opciones: ser hombre o ser mujer, comportarse de modo masculino o femenino y cumplir con su rol social asignado. No actuar el género a la manera que lo impone el poder se considera vivir en pecado y los culpables deben arrepentirse, ser corregidos o erradicados.

²³ Ver anexo, Imagen 21 - Ejecución pública.

²⁴ Ver anexo, Imagen 22 - Los muros.

Se trata de una ficción que exagera el modo en que Occidente construyó a lo largo de los siglos la función de la mujer en el orden social, función presentada como algo fijo y estable, un modelo de referencia incuestionable. Pero, siguiendo a Butler, esto no está ni más ni menos que relacionado a un fenómeno producido y reproducido reiteradamente a través de normas y prácticas que son establecidas y controladas por el poder. Por eso, esta sociedad va a separar lo normal de lo patológico. Y, es en los discursos de poder que articulan saberes, en donde se dirá qué es lo normal, qué es correcto, qué se debe o no hacer. La certeza de ser castigado es lo que a la mayoría de los sujetos los aparta de cometer el llamado crimen.

Existen múltiples formas de torturar a las mujeres en Gilead. Pero a las Criadas, se les puede hacer cualquier cosa excepto matarlas, especialmente cuando están embarazadas, pues ellas son el recurso fértil y, por tanto, el de un valor máspreciado que no se puede derrochar. Sin embargo, serán catalogadas como No Mujeres si no son capaces de engendrar a un bebé sano o si se las descubre infértiles, y se las castigará enviándolas a las colonias, sede de residuos tóxicos donde la vida es corta y brutal.

Si poseen literatura de algún tipo, si las encuentran leyendo, incluso la Biblia, o si se atreven a escribir, se les cortará un dedo ya que las mujeres tienen prohibido hacerlo. Si cometen la llamada traición de género porque se enamoraron de otra mujer, se les extirpará el clítoris ejerciendo la llamada práctica de redención²⁵. Si desobedecen las normas, se las torturará o se les amputará una de sus extremidades²⁶, pues para la filosofía de este régimen patriarcal, hay ciertas partes del cuerpo que no son necesarias ni vitales para procrear: “Recordarlo, decía Tía Lydia, vuestros pies y manos no son esenciales para nuestros propósitos” (Atwood, 2017:137). Si encuentran que toman anticonceptivos, serán desgarradas por perros. Si muestran cualquier otra actitud de rebeldía, serán castigadas a permanecer encerradas en el Centro Rojo o en sus habitaciones por un largo tiempo. Todo bajo la premisa de que “Dios requiere penitencia” (Miller et al., 2019).

Ahora bien, hay otras condenas en este sistema cruel que involucran la participación de las Criadas donde, como en una especie de liberación perversa de su odio y dolor reprimido, deben usar sus propias manos o piedras para matar a hombres que cometieron crímenes contra un miembro de la propia casta, es decir contra otra Criada. “El señor recurre a ustedes para que sean su santo instrumento” (Miller et al., 2019), son las palabras con las que Tía Lydia justifica que las Criadas desplieguen violencia para con un condenado a muerte²⁷.

²⁵ Ver anexo, Imagen 23 - Ablación de clítoris.

²⁶ Ver anexo, Imagen 24 - Mutilación ojo derecho.

²⁷ Ver anexo, Imagen 25 - Partición.

Las ejecuciones son organizadas públicamente y se dan en un solo instante: casi sin tocar el cuerpo, la cuerda es la que suprime la vida. Entre los motivos por los cuales Gilead castiga de esta manera, se advierte desde causar sufrimiento a un tercero o a sí mismo, hasta tener otras creencias, pues la fe de los sujetos no se elige libremente, sino que se impone; la doctrina oficial es la ortodoxia. Está estrictamente prohibido no ser ortodoxo, y es una razón para la ejecución: “hoy solo hay dos colgados: un católico -que no es un sacerdote- con una cruz invertida, y otro de una secta que no reconozco” (Atwood, 2017:277).

Estas condenas son actos referidos como salvamentos, pues se trata de desobedientes que son sentenciados a la salvación. No se los acusa de mártires, sino de herejes, y si un condenado no es sentenciado a la ejecución, es mandado a las colonias. Así, estos cuerpos rechazados por el poder no son simplemente puestos afuera o retirados a una vida de trabajo esclavo en áreas contaminadas, sino que son deliberadamente producidos en tanto excluidos. Se produce el abandono y lo que se está cometiendo es un genocidio: un asesinato en masa de sujetos marginados. Idea que evoca de manera directa El Holocausto, donde las personas consideradas disidentes del régimen que imponía el nazismo durante la Segunda Guerra Mundial eran enviadas a trabajar en campos de concentración.

Finalmente, es necesario hacer una revisión de lo visto en este capítulo antes de avanzar. Primero, el objetivo fue realizar una descripción y análisis crítico del poder en términos de una red, lo cual nos llevó a afirmar que en Gilead el poder circula bajo la forma de relaciones de dominación y sujeción. Luego, la presencia de una serie de tecnologías y bloques tácticos nos permitieron advertir la entrada de la vida individual y de la multiplicidad viviente de esta ficción, en un campo de intervención política: disciplina, regulación, vigilancia y castigo como mecanismos políticos que nos posibilitaron observar tanto la construcción y funcionamiento del imperativo de la reproducción; como también las formas de relacionamiento en el encuentro con el otro en términos de control y sometimiento. Asimismo, se identificó que la hegemonía heterosexual normativa impone cuestiones sexuales y políticas, marcando la validez, límites y obligaciones de los cuerpos. Así, las mujeres y sus cuerpos son vigilados, sometidos, manipulados y ejercitados -especialmente en instituciones investidas de poder como el Centro Rojo- para una intención política determinada: dejarlos al servicio del hombre y de la reproducción. Lo cual nos lleva al objetivo del próximo capítulo que es entrar en detalle en la representación de la mujer: cómo los cuerpos de las Criadas obedecen, responden, cómo se configuran en cuerpos dóciles y en meras máquinas reproductivas, pero también describir la opresión y el hostigamiento físico y psicológico que padecen; y poco a poco vislumbrar, posibles estrategias de resistencia y emancipación allí, en las grietas del poder.

Capítulo 4: Criadas

4.1 Cuerpos dóciles de propiedad estatal

¿Cómo se representa a las Criadas en la narrativa de Atwood? ¿Cómo y por qué podemos decir que sus cuerpos se constituyen en objetos y objetivos de poder? ¿Qué implica la categoría de máquina reproductiva? Este capítulo dedica un análisis especial a la representación de la mujer devenida Criada, y por tanto, presenta una articulación con el concepto foucaultiano de cuerpo dócil, pues la obediencia y la utilidad es la regla en el régimen de Gilead. Además, esta observación crítica deja expuesta una marcada desigualdad entre hombres y mujeres y el modo en que se ejerce con abuso el patriarcado, pero también una desigualdad entre las mismas mujeres por su fisiología reproductiva. De esta manera, queda de manifiesto que la opresión ejercida con actos físicos y psicológicos sobre las Criadas proviene de diversas fuentes.

Como se describió en el segundo capítulo al hablar del proceso de subjetivación, todas las mujeres en Gilead han perdido sus derechos. En particular, aquellas que el poder convierte en Criadas, están despersonalizadas como mujer y son tratadas como bienes de propiedad estatal. Sus cuerpos no les pertenecen, sino que son objetos de dominio del poder sometidos a su voluntad y a su acción: cuerpos estatales que luego serán afectados al uso privado de la familia que necesita tener hijos e hijas.

Además de llevar una vestimenta que las identifica como casta, las Criadas son las únicas que tienen una marca inscripta en su cuerpo. En la novela, se describe la presencia de un tatuaje en el tobillo: cuadro dedos y un ojo que sirve como garantía de propiedad, pues las Criadas son parte de la “reserva nacional” (Atwood, 2017:104). Pero en la serie, estas mujeres llevan una chapa roja en su oreja izquierda con un número de identificación²⁸. Esta técnica no solo demuestra el estado de esclavización al que asisten, sino también, una especie de numeración de ejemplares como si fueran un ganado al que hay que cuidar, supervisar, pero también ubicar en caso de pérdida.

Las Criadas se mercantilizan, su sistema reproductivo es una mercancía que se transforma en un bien que será ofrecido al mercado y con una obsesión nacional. No son mujeres, son “recipientes sagrados, cálices ambulantes” (Atwood, 2017:196), y su valor de uso se deriva de la capacidad que tenga cada una de satisfacer la necesidad de dar hijos e hijas a la nación, pues procrear es la única función.

²⁸ Ver anexo, Imagen 26 - Miembro de la reserva nacional.

Así, la transferencia de June al hogar de Waterford es definida por Serena Joy como una “transacción comercial” (Atwood, 2017:40): un acuerdo -en este caso, no consentido- y por el cual la Esposa adquiere un aparato reproductivo que le dará un bebé. De la misma manera en que se intercambian bienes y servicios en un mercado, la Criada es trasladada de casa en casa en un ciclo de servidumbre sexual: en el plazo máximo de dos años debe dar a luz un bebe sano en cada hogar. Y como el imperativo moral es la reproducción administrada por aquellos que detentan el poder, en los momentos en que Tía Lydia acompaña a cada Criada a la nueva casa donde debe cumplir su función, utiliza frases como “ve con ellos y sé bendecida. Ve con ellos como una flor abierta” (Miller et al., 2017) para reforzar la idea de que la Criada debe ofrecer su cuerpo al nuevo Comandante y gestar hijo/as para él.

Ahora bien, tal como se puntualizó en el tercer capítulo de esta tesina, las mujeres fértiles se constituyen como Criadas por los efectos individualizadores de la anatomopolítica y por el ejercicio de la disciplina, la vigilancia y el castigo. Entonces, lo que hace que el régimen mantenga el poder y el control continuo de estas mujeres, es una intervención concreta sobre su cuerpo: “lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a unas ceremonias, exigen de él unos signos. [...] El cuerpo solo se convierte en fuerza útil cuando es a la vez cuerpo productivo y cuerpo sometido” (Foucault, 2002:35). De este modo, se impone una relación docilidad-utilidad pues se trata de cuerpos sujetos y sujetos al poder que se vuelven disponibles gracias a una intención política que los analiza y los manipula de acuerdo con unos fines determinados.

Cabe destacar que todas las prácticas políticas que se observan, tanto en la novela como en la serie buscan, por un lado, forzar a las personas por medio del sometimiento, pero también desde un lado más indirecto o sutil, buscan convencerlas de que deben hacerlo, de que tienen que responder a las políticas de Estado para refundar la raza humana.

Hablamos de cuerpos dóciles porque son trabajados en sus partes: gestos, actitudes, movimientos, y porque son sometidos, usados, transformados y mejorados, enfatizando lo que Foucault llama “la economía, la eficiencia de los movimientos del cuerpo individual, y su organización interna” (Foucault, 2002:159). Así, las nuevas leyes y los entrenamientos que reciben las Criadas en el Centro Rojo contribuyen a la docilidad de sus cuerpos para cumplir con su propósito sagrado: “Rezábamos por estar vacías para merecer que nos llenaran: de gracia, de amor, de abnegación, de semen y niños. Oh Dios, Rey del universo, gracias por no haberme hecho hombre. Oh, Dios, destrúyeme. Hazme fértil. Mortifica mi carne para que pueda multiplicarme. Permite que me realice” (Atwood, 2017:269).

Esta forma de retratar a la mujer como incompleta, es una forma de despersonalizarla, de sustraerla de sí misma, de su identidad, su pasado, sus deseos más íntimos y sus propósitos. De este modo, la mujer es reconstruida y remodelada para convertirse en sujeto (re)productivo. Dejar de estar vacío y carente para pasar a ser pleno y productivo, es tener un nuevo significado para sus vidas concretas.

La vida pasa a centrarse en el objetivo de engendrar, y participar de las siniestras ceremonias donde las Criadas son violadas por los Comandantes para quedarse embarazadas, no es un terrible castigo sino una bendición de Dios.

Dado que ha perdido todos sus derechos y que no tiene ninguna opción de elegir, la Criada debe respetar el rito fijado por la nueva ley y cumplir con una serie de prácticas de preparación: en sus tres días fértiles del ciclo menstrual, debe tomar una ducha, limpiar su cuerpo y usar un vestido nuevo. La campana señala el comienzo de la ceremonia, en palabras de Defred “cuando deja de sonar la campana, bajo las escaleras: en el ojo de vidrio que cuelga de la pared del piso inferior, soy por un breve instante la imagen de una niña abandonada. El tictac del reloj suena al compás del péndulo; mis pies, calzados con los pulcros zapatos rojos, siguen el ritmo sobre los escalones” (Atwood, 2017:121). En ese momento, la Criada sabe qué se espera de ella e ingresa a la sala de estar del hogar donde se ubica arrodillada sobre un almohadón rojo: “espero, lavada, cepillada, alimentada, igual que un cerdo al que se entrega como premio” (Atwood, 2017:109). Junto a ella está sentada en un sillón la Esposa, y luego a un costado, están la Martha y el Guardián, como fieles testigos de lo que va a acontecer, pues la ceremonia exige que todos los miembros del hogar estén presentes. El Comandante ingresa a la sala y lee el pasaje de la Biblia que habilita la violación: “toma a mi esclava Bilhá y únete con ella, y cuando ella tenga hijos, será como si yo mismo los tuviera. Así yo podré tener hijos. De esta manera, Raquel le dio a Jacob su esclava Bilhá, para que fuera su concubina. Jacob se unió con Bilhá, y ésta dio un hijo a Jacob” (Antiguo Testamento, Génesis 30:1-3).

Ya en la habitación, la Criada se ubica entre las piernas de la Esposa para ser penetrada por el Comandante; como una parodia del acto sexual del hombre con la Esposa²⁹. Él no debe mirar a la Criada, sino solo a su Esposa. Tal como lo advierten Cambra Badii, Mastandrea y Paragis (2018) en su artículo *El mandato del nacimiento. Cuestiones bioéticas y biopolíticas en la serie de El cuento de la criada*, la Criada se encuentra absolutamente invisibilizada y cosificada. Mientras se realiza la violación -o acto reproductivo en los términos de Gilead-, la Esposa sostiene las manos de la Criada dejándola totalmente sometida y sin posibilidad de

²⁹ Ver anexo, Imagen 27 - La Ceremonia.

acción. “Es como si las dos mujeres se fundieran en una: la mujer-objeto presta su órgano genital para que la mujer-sujeto pueda devenir madre” (Cambra Badii I, Mastandrea PB, Paragis MP., 2018:185).

June durante los minutos en que Fred comete esta aberración, busca caminos para fugarse, y lidiar con la repulsión, el terror y el trauma del abuso. Suele mirar el techo y conectarse con las luces y las imágenes que están allí. Esto se llama evasión, y no es ni más ni menos, que una forma de supervivencia. En sus palabras, “me quedo quieta y me imagino el dosel por encima de mi cabeza. Recuerdo el consejo que la reina Victoria le dio a su hija: ‘Cierra los ojos y piensa en Inglaterra’. Pero esto no es Inglaterra. Ojalá él se diera prisa” (Atwood, 2017:140).

Es importante señalar que esta disposición de los cuerpos de la Esposa y la Criada ocurre de manera similar en el momento de dar a luz, pues la Criada gestante también se ubica entre las piernas de la Esposa y ambas son atendidas por igual. La Criada en trabajo de parto sufre, la Esposa simula³⁰.

En la habitación donde se produce el nacimiento se encuentran todas las Criadas, Tías y Esposas del distrito pues éste es un acontecimiento único y digno de ser contemplado por todas. Se trata de un ritual en el que, las presentes, repiten de manera constante y al unísono: “Inspira, exhala, aguanta” (Miller et al., 2017). El hombre, por su parte, permanece en su despacho donde bebe unos tragos junto al resto de los Comandantes.

Una vez nacida la criatura, ésta es arrebatada de la Criada por una de las Tías que oficia de partera, y es entregada a la Esposa, quien “mira al bebé igual que si de un ramo de flores se tratara, algo que ella ha ganado, un tributo” (Atwood, 2017:183). La Criada no podrá reclamar maternidad ni establecer ningún tipo de vínculo sentimental. Permanecerá en esa casa solo un tiempo fijado para alimentar al bebé durante el período de lactancia, y cuando no se la necesite más, será entregada a las Tías para que se le asigne otra casa donde servir. En este punto, es interesante recuperar la idea de que, en esta ficción, se asiste a una cosificación de la gestante tal como lo describen Cambra Badii I, Mastandrea PB, Paragis MP (2018), pues “Podríamos suponer que la negación de las Criadas en tanto sujetos deseantes es tan potente en quienes se encargan de mantener el orden del régimen, que no despierta conflicto el hecho de permitirles que estén en contacto íntimo con los niños” (Cambra Badii I, Mastandrea PB, Paragis MP., 2018:188).

³⁰ Ver anexo, Imagen 28 - El nacimiento.

4.2 La opresión narrada en primera persona

Por poseer el don de la fertilidad, el cuerpo de la Criada se convierte entonces en una estructura anatómica eficiente, dócil, politizada, disciplinada, sometida y abusada por su gobierno. Estas mujeres se encuentran atrapadas, se desdibuja su individualidad, se les niega la palabra y la libertad de acción y elección, sus cuerpos ya no les pertenecen y como se dijo en el apartado anterior, son una mera máquina reproductora. Deberán tener muy baja estima para poder amoldarse a su nuevo destino sin rebelarse ni huir pues, su futuro, está en manos de otros que deciden tanto sobre su vida como sobre su cuerpo. Es por esto que vemos que la protagonista June, es vulnerada sistemáticamente, pero como su intención es seguir viviendo decide adaptarse: “cedo mi cuerpo libremente para que lo usen los demás. Pueden hacer conmigo lo que les venga en gana” (Atwood, 2017:384).

Antes de avanzar, es necesario introducir algo que, si bien puede parecer una obviedad, resulta clave para el análisis de la representación de la mujer que este capítulo dedica atención. *El cuento de la criada* (2017) es un relato narrado desde el punto de vista de la protagonista, y Atwood intencionalmente marca en la ficción, que June está contando un cuento. Que se trata de una reconstrucción que tiene lugar en su cabeza y por la cual no solo repasa los acontecimientos de su vida cotidiana, lo que hizo o lo que debería o no haber hecho, lo que dijo, o lo que debería o no haber dicho; sino que también se trata de una reelaboración de su pasado: “Si esto es un cuento que estoy contando, entonces puedo decidir el final. Habrá un final para este cuento, y luego vendrá la vida real. Y yo podré retomarla donde la dejé” (Atwood, 2017:72).

Así, el relato está impregnado por la experiencia de opresión que vive la protagonista. Opresión que se traduce en condiciones hostiles, humillaciones, amenazas y violencia que se dan en todos los aspectos de su vida.

Expresiones como, “mi desnudez me resulta extraña. Mi cuerpo parece anticuado. Evito mirar mi cuerpo, no tanto porque sea algo vergonzoso o impúdico, sino porque no quiero verlo. No quiero mirar algo que me determina de forma tan absoluta” (Atwood, 2017:102), nos describen cómo la protagonista vive su cuerpo, incluso no pudiendo verlo o tocarlo pues las obligan a usar camisones de manga larga aún en verano para que se alejen, según palabras de la Criada, de “las tentaciones de nuestra propia carne y evitar que nos acariciemos los brazos desnudos” (Atwood, 2017:265).

Por otro lado, en sus menstruaciones, la sangre simboliza tanto la vida como la muerte. June comenta “todos los meses espero la sangre, con temor, porque si aparece representa un

fracaso” (Atwood, 2017:115). Ella no ha cumplido con su deber y corre el riesgo de pagarlo con su propia vida.

Ahora bien, el estado de vigilancia y terror constante no solo se manifiesta de cara al exterior, sino también en la propia casa donde se encuentra la Criada, pues está sujeta a estrictas reglas y a un examen permanente: una palabra o una actitud indebida puede conducirla a un castigo³¹ o incluso a la ejecución. Fingir resulta entonces crucial para su supervivencia, con la esperanza de que algún día pueda ser libre y recuperar a su hija que fue arrebatada por el gobierno. “Una rata que está dentro de un laberinto es libre de ir a donde quiera, siempre que permanezca dentro de él” (Atwood, 2017:231), una ironía que evidencia que June se encuentra en un medio que no le es propio y en el que, a fin de cuentas, no logrará llegar a ninguna parte, y que amenaza no solo su espacio físico sino también el psicológico.

Las casas en Gilead se rediseñaron, todas tienen la misma diagramación. Un cuarto en la alcoba en donde viven las Criadas, con una paleta en tonos blancos que se parece al interior de un psiquiátrico, y con escasos muebles y objetos que dan cuenta del estilo austero y a la vez anticuado que caracteriza al régimen. Una cama, una mesa de luz, un sillón y un escritorio que simboliza la antigua profesión que June no podrá volver poner en práctica: su trabajo como editora³². Cabe advertir que las Criadas no tienen objetos personales, solo una valija con ropa asignada por el régimen que es trasladada de casa en casa en donde ejercen su función.

Un detalle curioso es la marca de un espejo que ya no está, una decisión del poder que demuestra que, para la Criada, no hace falta mirarse ni representarse quién es frente a un espejo. June solo podrá verse a sí misma de manera fugaz en los espejos que están ubicados en espacios públicos. El hecho de quitar el espejo de la habitación es una medida que no solo tiene el objetivo de despersonalizar, sino también evitar que se rompa en fragmentos y pueda usarse como arma mortal. Otros objetos también son evitados porque pueden provocar suicidio. June no necesariamente es una suicida, pero le gustaría tener la opción. “Me dan un tenedor y cuchara, pero nunca cuchillo. Cuando hay carne, me la cortan con antelación, como si yo no supiera manejar las manos, o no tuviera dientes. Pero no carezco de ninguna de las dos cosas. Por eso no me permiten usar cuchillos” (Atwood, 2017:313).

Las ventanas de su cuarto solo se abren parcialmente y el vidrio es inastillable. No se trata de que se tema que la Criada huya, pues no llegaría muy lejos. Lo que se teme es a “esas

³¹ Ver anexo, Imagen 29 – Serena contra June

³² Ver anexo, Imagen 30 – La habitación de la Criada.

otras salidas, las que uno puede abrir en su cuerpo si dispone de un objeto afilado” (Atwood, 2017:30).

June tampoco puede controlar su apariencia. Lo que rige es el decoro correspondiente a su casta pues, las Criadas no deberían querer cuidar su salud, arreglarse, embellecer sus rostros o sentirse más lindas usando maquillaje. Esto se relaciona con la posibilidad de elección como fuente de libertad, algo de lo cual han sido privadas. Sin embargo, June trata de buscar una solución al despojo y cosificación que sufre, y por ejemplo, nos comenta: “Me unto las manos con mantequilla y me froto la cara. Ya no existen las cremas de belleza, al menos para nosotras. Se consideran una vanidad. Nosotros somos recipientes, lo único importante es el interior de nuestros cuerpos. Les da igual que el exterior se vuelva duro y arrugado como una cáscara de nuez” (Atwood, 2017:143).

Otro aspecto sobre el que las Criadas no pueden elegir libremente es su alimentación. Lo que comen es casi siempre lo mismo, y en un horario estricto. Como dato curioso se observa la presencia de huevos en sus comidas, que si bien son fuente de proteínas, sirven de conexión metafórica con la fertilidad. Defred debe producir huevos fértiles y sanos que puedan ser fecundados y convertirse en niños y niñas.

Llegamos al momento en que es preciso retomar la lectura de Diego Lobera Teresa (2018) que ensaya una propuesta de interpretación de ciertos símbolos que en la novela marcan una estrecha relación con lo femenino y la representación de la mujer. Para pensar entonces a partir de los símbolos, elige las flores porque, por un lado, reflejan la infertilidad, y por el otro, la sexualidad.

Así, en los jardines de las casas se observan narcisos y tulipanes que aluden a la condición reproductiva: “narcisos que empiezan a marchitarse y tulipanes que se abren en un torrente de color. Los tulipanes son rojos, y de un color carmesí más oscuro cerca del tallo, como si los hubieran herido y empezaran a cicatrizar” (Atwood, 2017:36). Los narcisos hacen clara referencia a las Esposas que se marchitan sin dar fruto, pero que sin embargo representan la belleza y un esplendor fugaz. Los tulipanes, por su parte, representan a las Criadas, de pétalos rojos y bulbos carnosos, que representan la fertilidad y el color que las define, pero con un tallo oscuro que nos habla de su dolor: “Defred ha sido herida por un sistema que le ha coartado sus libertades, que la adoctrinado con respecto a lo que debe ser como mujer y a su papel como procreadora al servicio de otros” (Lobera Teresa, 2018:25).

También hay presencia de lirios, que por su etimología nos anuncia lo que está por venir: “cuando Defred describe la habitación que se la ha asignado, hace referencia a la imagen

de los lirios azules, casi como presagio de la tragedia que significa su presencia en dicho lugar” (Lobera Teresa, 2018:24), pues los lirios se asocian a lo fúnebre.

En esta línea, es preciso mencionar que el cubrecama de June es la única tela estampada que hay en su cuarto. Este diseño con flores también se observa en otras áreas del hogar, como en las sábanas de la habitación de Serena donde se realiza la ceremonia y en las alfombras de la sala de estar. Como se dijo, las flores están relacionadas con la posibilidad de concebir y curiosamente se encuentren en aquellos lugares donde hay órganos reproductivos: son el símbolo de la fertilidad y una conexión de la Criada con su función. “Imaginad que sois semillas” (Atwood, 2017:45), le propone Tía Lydia a cada Criada.

4.3 El mandato de despersonalización

La dominación, el avasallamiento y la apropiación del cuerpo de June se ejerce de manera permanente y bajo distintas formas: en Gilead, las ceremonias son violaciones legales, pero hay otras que no lo son. Vemos entonces, que la perversión del Comandante se traduce en otros comportamientos nefastos que June debe soportar en su cuerpo. Waterford abusa de su poder y la obliga a asistir a *Jezabel*. Para ello, hace que se vista con un vestido dorado y brillante, se maquille y hasta depile sus piernas. Ya en el club nocturno la somete a simular diversión, y tal como lo describe la protagonista, tiene que parecer estúpida, tiene que jugar el juego, y se dice a sí misma que “tiene que parecer amor, finge que te gusta, finge que te encanta, finge que lo deseas, es tu Comandante, es todo tu mundo. No corras, no patees, no grites” (Miller et al., 2021), pues la noche termina en una habitación donde es violada. Nuevamente entonces, la reducción sexista de la mujer a su cuerpo o partes de éste para satisfacer al varón.

En resumen, son ellos, los hombres quienes controlan todos los aspectos de la vida de las Criadas. En una de sus visitas mensuales al médico para una serie de análisis de sangre y de hormonas, éste le sugiere a June que tenga relaciones sexuales con él porque aparentemente su Comandante es estéril y esto la podría poner en peligro. Una vez más, el peso del patriarcado siempre presente: él es hombre y puede decir cosas que están prohibidas pues el sistema no reconoce a los hombres como infértiles. Pero entonces qué difícil e injusto es para la protagonista cuando la posible solución no es más que otro abuso sexual. Está asustada, “es la decisión lo que me aterroriza. Una salida, una salvación” (Atwood, 2017:100).

Ahora bien, como se describió a lo largo de este ensayo, la violencia no solo es física. La psicológica se desarrolla como amenaza, acoso, insulto, humillación, indiferencia, descalificación o desvalorización.

Así, las tendencias perversas no solo se ven entre los hombres sino también entre las mujeres, en particular en las Esposas. Podemos ver que Serena, en su afán de tener un bebé, le propone a June quedarse embarazada de otra forma, pues sospecha que el Comandante es estéril. Para eso, le sugiere acostarse con el chofer, Nick, con la seguridad de que June no tiene escapatoria, pues es ella misma quien asume que, si no logra portar un bebé “es mi vida la que está en juego; pero lo va a estar tarde o temprano, de una manera u otra, lo haga o no. Ambas lo sabemos” (Atwood, 2017:284). Además, Serena la extorsiona diciéndole que va a conseguir una foto de su niña secuestrada, Hannah.

Otra de las vivencias que adquiere la representación perfecta de cómo es la vida de June, se puede observar cuando Serena le regala una caja musical con una bailarina en su interior³³. En palabras de June, “el regalo perfecto, una chica atrapada en una caja” (Miller et al., 2017). Este gesto demuestra, ni más ni menos, la violencia que la oprime: una muñeca que baila cuando alguien más le da cuerda, que no tiene voluntad y está encerrada.

Los juegos psicológicos son entonces moneda corriente y el mandato de despersonalización que rige sobre las Criadas es continuo. Cuando June queda embarazada, una noche Serena se dirige a su habitación y se acuesta junto a ella como si no existiese y le acaricia el vientre. Serena cree y siente fervientemente que ese bebé es suyo, y que June es solo una intermediaria invisible. Mientras Serena le habla al bebé, June espera incómoda y en silencio que esa situación termine pronto.

Otro aspecto de la cosificación de Defred también se observa en los monitoreos del bebé que lleva en su vientre, pues ella no puede ni es digna de ver la pantalla del ecógrafo³⁴. Gilead trata a las Criadas como una herramienta para sus propios propósitos, como si no hubiera necesidad de preocuparse por sus experiencias personales o sentimientos más íntimos.

Por último, la violencia simbólica ejercida por las Tías ubica a las Criadas en una posición casi infantil. Esta regresión se puede ver a lo largo de la novela y en la serie en tanto que, las Tías, tienen el tutelaje de las Criadas y deben intervenir si se desvían del comportamiento adecuado. Además, el objetivo de despreciar la vida anterior al régimen y dejar atrás a June para dar lugar a Defred, se ve en los diálogos siniestros que tienen Tía Lydia y la Criada Defred. Por ejemplo, en la segunda temporada de la serie televisiva (2018) - atención, *spoiler alert*- cuando June no logra escapar de Gilead, Tía Lydia le muestra a la protagonista las consecuencias de su accionar, pues nada pasa desapercibido en el régimen. El

³³ Ver anexo, Imagen 31 - Caja musical.

³⁴ Ver anexo, Imagen 32 - La ecografía del bebé.

hombre que la ayudó yace colgado en el muro, él para esta sociedad es un traidor y su rostro está tapado con una bolsa. Para Tía Lydia, no fue Defred la que provocó la muerte de aquel hombre, sino June. Defred queda así libre de culpa, y no tiene que cargar con la culpa de June, y de este modo se anula el delito.

Llegamos a la conclusión de que las relaciones sociales que se establecen entre las Criadas y el resto de las castas son mayormente con violencia física o simbólica. La imposición del terror, la degradación y la apropiación del cuerpo de las Criadas como bienes que se reparte la clase gobernante por ser una especie en extinción, nos demuestra la invisibilización que sufren estas mujeres: son deliberadamente vulneradas. Son también blanco de una serie de tácticas políticas tendientes a manipularlas, disciplinarlas y remodelarlas. El biopoder fabrica máquinas reproductivas con una coacción calculada que recorre cada parte del cuerpo, “lo domina, pliega en su conjunto, lo vuelve perpetuamente disponible” (Foucault, 2002:157).

Es el momento de preguntarse entonces por la resistencia, por la posibilidad de liberarse de la opresión y por tanto, de los mecanismos políticos de dominación y sometimiento. Pero primero, es necesario destacar que, tanto en la novela como en la serie, el personaje principal recurre permanentemente al pasado como una forma de tratar de dar sentido a la experiencia presente y sobrellevar sus vivencias actuales, pero también como un intento de evitar olvidar el pasado. Con sus pensamientos, sus sueños y el recurso de los *flashbacks*, June escapa al presente que la oprime, y a la vez, conserva y reafirma su identidad: es el único momento en que puede ser ella, pues le han robado todo, desde su familia, sus libertades y sus derechos hasta su propio cuerpo, pero no le pudieron quitar su identidad. Este es, por consiguiente, el terreno con el cual ya es posible la pregunta por la resistencia en *El cuento de la criada*, pues, tal como lo escribe Michael Foucault, “no significa que la vida haya sido exhaustivamente integrada a técnicas que la dominen o la administren; escapa de ellas sin cesar” (Foucault, 1977:173). La invitación es entonces a avanzar hacia el último capítulo de este trabajo.

Capítulo 5: La resistencia

5.1 Desde los márgenes

El biopoder no es omnipotente y tiene grietas donde las fuerzas vitales se infiltran. Pues, tal como se describió en el primer capítulo al hablarse de la politización de la vida, para Foucault, las redes del poder están plagadas de resistencias, insurrecciones y líneas de fuga que obligan a la producción biopolítica a realizar ajustes en el formateo de los cuerpos o negociar continuamente. Entonces, si el biopoder es imperfecto, el régimen de Gilead lo es. La vida de los estadounidenses secuestrados no ha sido capturada íntegramente, sino que se escapa permanentemente. Este último capítulo se dedica a prestar atención a las diferentes figuras de respuestas activas por parte de los sujetos dominados. En especial, se analizan las respuestas que se dan entre las Criadas, pues ellas no se limitan a amoldarse a los mecanismos del poder y a la gramática de sumisión en la que están inmersas. Sino que, al contrario, es gracias a ellas que se definen puntos de enfrentamiento, riesgos de conflicto, y de inversión, por lo menos transitoria, de las relaciones de fuerzas. Se trata de resistencias que juegan el papel del adversario, “constituyen el otro término en las relaciones de poder; en ellas se inscriben como el irreducible elemento enfrentador” (Foucault, 2012:57).

Hablamos de actos distribuidos de manera irregular y que se dan por unos instantes, desde los márgenes o bien, de manera frontal. Actos que nos revelan que la rebeldía en Gilead es posible y necesaria. Actos que exhiben que hay esperanzas para estas mujeres. Actos que demuestran el potencial de transformación de lo existente. Actos que nos describen la presencia permanente de resistencia espontánea, solitaria, agrupada, móvil, sacrificial, transitoria, rápida, salvaje o violenta en el campo estratégico de las relaciones de poder. Actos que, en palabras de Foucault, “abren surcos en el interior de los propios individuos” (Foucault, 2012:57).

Es importante destacar que los espacios de resistencia se construyen, y están en constante transformación dado que la resistencia se mueve, cambia de lugar y adopta diversas formas, desde la resistencia o lucha frontal, hasta la resistencia oculta o silenciosa. También se lucha por preservar estos espacios y presentarlos como propios, pues en el campo de poder en donde se encuentran los sujetos, nada es propio.

Los focos o movimientos no se engendran al azar, y en la resistencia, no solo se expone la propia subjetividad, vulnerabilidad y corporalidad, sino también la posibilidad de ver a la transgresión como autotransformación. Todas las formas de resistencia en Gilead se conectan entre sí formando parte de una sola estrategia de supervivencia.

Entonces, un primer interrogante: ¿qué hace una persona cuando toma conciencia del lugar que ocupa en las relaciones de poder? Lo cuestiona. Interpela su sentido, sus formas y representaciones. Reflexiona sobre su propia individualidad y reacciona. Los actos ocultos, minúsculos, originales, expuestos, salvajes o silenciosos que se observan en *El cuento de la criada* (2017) nos presentan el momento exacto en que las personas aprovechan la ocasión para transformar, subvertir y transgredir lo impuesto por el régimen.

Como ya se dijo a lo largo de esta tesina, ser una mujer bajo las estrictas reglas de Gilead es opresión, es estar privada de su libertad, es no tener derecho a elegir, es renunciar a al propio nombre y no disponer del propio cuerpo, no poder expresarse o comunicarse, ni tampoco formar relaciones amorosas o incluso de amistad. Es estar inmerso en un cerco político. Por eso, y en particular las Criadas, buscan constantemente aprovecharse de las distracciones de la vigilancia para hacer emerger acciones inesperadas, transgresoras y creativas para burlar el campo de las relaciones de poder, resistir y sobrevivir. Sus batallas se manifiestan en el orden simbólico, con miradas disimuladas, sonrisas prohibidas, susurros, en el vínculo con el otro, y hasta con la propia memoria, los sueños e ilusiones pues, a fin de cuentas, nadie puede dominar el pensamiento de una persona.

Los recuerdos de sus vidas pasadas les permiten a estas mujeres mantenerse vivas, siempre con la esperanza de que el sometimiento y sujeción, es una situación transitoria. Así, June en su relato, nos describe que “La noche es mía, un tiempo para mí, puedo hacer lo que quiera con él siempre que esté callada. Siempre que no me mueva. Siempre que permanezca tumbada [...] Me salgo del tiempo. Aunque ni esto deja de ser el tiempo ni yo me he salido de él. Pero de noche me salgo del tiempo. ¿Adónde podría ir? A un sitio agradable” (Atwood 2017:69). Se trata de un pensamiento que nos revela que imaginar cosas bonitas, escaparse transitoriamente de su realidad actual proyectando mejores posibilidades, o recordando su identidad³⁵, es un acto de resistencia.

El deseo también viene a manifestarse como un fuerte elemento transgresor gracias a su fuerza incontenible. Una referencia al impulso que tenemos los seres humanos por alcanzar aquello que anhelamos.

“Es por falta de amor por lo que morimos. Aquí no hay nadie a quien yo pueda amar, toda la gente a la que yo amo está muerta, o en otra parte” (Atwood 2017:51). Estas palabras de la protagonista nos permiten pensar que, ser sujetos dignos de amor implica no solo sentir emociones y sentimientos hacia los otros, sino también reconocer que hay un otro para quien

³⁵ Ver anexo, Imagen 33 - Recuerdos.

uno es relevante y le despierta ese afecto. En todas las épocas y en todo lugar, amar y sentirse amado, es clave para pensar la propia subjetividad.

Dado que en Gilead a las mujeres no se les permite entablar ningún tipo de relación amorosa, ni interactuar desde una dimensión afectiva con otros hombres o mujeres, a menos que sea planificado y monitoreado por el sistema, el encuentro con el otro y los sentimientos que se puedan despertar es también otra de las formas en que se expresa la resistencia.

En la necesidad de creer en el amor, en la búsqueda de una forma de relacionarse con el otro, en la posibilidad de ser sujetos de deseo, las mujeres despliegan actos de rebeldía y resistencia bajo la forma de una fuerza vital que presiona por salir y permanecer. Se asiste así a una manifestación de euforia y vitalidad cuando participan de un amor: “está tan cerca que me toca el pie con la punta del zapato. ¿Lo hace adrede? Como quiera que sea, nos estamos tocando. Noto que mi zapato se ablanda, que la sangre fluye en su interior, se calienta, se transforma en una piel” (Atwood, 2017:124). Se trata del vínculo de June y Nick³⁶, el Guardián asignado como chofer en la casa del Comandante Waterford. Ambos sienten una atracción y una química sexual que se logra satisfacer cuando Serena organiza un encuentro íntimo entre ellos, en sus esfuerzos por embarazarse a Defred ante la posible infertilidad de su marido. A partir de ese momento, June se escapa otras noches a la casa de Nick y las relaciones sexuales que mantienen la hace sentir una mujer libre.

A lo largo de la novela, y más aún en la serie televisiva, vemos cómo poco a poco el amor de June y Nick se ubica como un refugio, un respiro dentro de todo lo que les sucede en sus vidas, una manera de aferrarse a una promesa fugaz de felicidad. “Estar aquí con él es estar a salvo, es una especie de cueva en la que nos acurrucamos mientras fuera se desata la tormenta. Es una ilusión, por supuesto. Esta habitación es uno de los sitios más peligrosos en los que yo podría estar. Si me sorprendieran sería mi fin, pero no me importa” (Atwood, 2017:362).

Pero el amor en Gilead no siempre se puede ocultar, y cuando se descubre, es fatalmente castigado. Así, una Martha que se enamora de una Criada es brutalmente ahorcada, mientras que la Criada por ser recurso escaso, sufre la mutilación de su clítoris. Así, una Esposa y Guardián que se enamoran, son sentenciados a pena de muerte si no se retractan. En este sentido, en la segunda temporada de la serie de televisión, se evoca a la tragedia de Romeo y Julieta, pues estos jóvenes se mantienen firmes a sus sentimientos hasta el final y son ambos ejecutados públicamente, muriendo ahogados en una piscina municipal.

³⁶ Ver anexo, Imagen 34 - El amor entre June y Nick.

A fin de cuentas, los recuerdos, los deseos, las manifestaciones de amor romántico o pasional de estos sujetos marginados, son todo actos periféricos, independientes y variables. Se originan allí en los espacios donde hay grietas del poder. Allí desde los márgenes donde se abre entonces, un campo que posibilita mirar lo alternativo, lo transgresor y, por tanto, la ocasión de emancipación.

5.2 La comunicación como posibilidad de trasgresión

Ahora bien, no solo las relaciones amorosas heterosexuales u homosexuales están prohibidas, sino cualquier tipo de amistad, cualquier tipo de interacción humana de hecho, está prohibida: no se puede hablar entre sí a menos que sea absolutamente necesario; nadie se puede involucrar con los otros, ni intercambiar información sobre sus vidas personales o incluso sobre sus casas y las familias de los Comandantes. Por eso, en esta red del poder, la comunicación, la amistad y la sororidad entre las Criadas se expresan como posibilidad de emancipación.

La hermandad femenina se infiltra desde el momento en que son llevadas al Centro Rojo para ser adoctrinadas: “aprendimos a susurrar casi sin hacer ruido. En la semi penumbra, cuando las Tías no miraban, estirábamos los brazos y alcanzábamos a tocarnos las manos. Aprendimos a leer el movimiento de los labios: con la cabeza pegada a la cama, tendidas de costado, nos observábamos mutuamente la boca. Así de una cama a otra comunicábamos nuestros nombres: Alma, Janine, Dolores, Moira, June” (Atwood, 2017:24). En esta institución, la forma que estas mujeres encuentran para tener un contacto físico que las acerque y genere o potencie un vínculo afectivo, es a través de un agujero en la pared que divide dos baños. Allí, las Criadas se saludan y muestran su cariño por medio del contacto de sus dedos que pasan por el agujero³⁷. Ya en la ciudad, el grupo continúa susurrando en las góndolas de los supermercados, en las trayectorias en tropa que tienen que seguir en las calles, o en los encuentros que se desarrollan en las casas de otros Comandantes. Todos actos originales en las que se intenta transmitir información de manera indirecta.

“Oye mi nombre es June. Soy Briana. ¡Hola! Yo soy Dolores, así se llamaba mi abuela. ¡Hola, soy Emily!” (Miller et al., 2018), es un ejemplo de los pequeños diálogos que las Criadas mantienen en una tienda de verduras en donde cada una se presenta con su verdadero nombre: un gesto potente de resistencia frente a la despersonalización que viven, un acto de conocimiento del otro, y a la vez de autorreconocimiento; y para no olvidar la propia identidad.

³⁷ Ver anexo, Imagen 35 - La amistad en el Centro Rojo.

En Gilead, la resistencia clandestina también es organizada: hay detrás sujetos silenciosos y activamente productores de todo lo necesario para que ocurra. *Mayday*³⁸ es un grupo secreto que trabaja para oponerse y derrocar a la República de Gilead desde dentro. Todos, con sus habilidades, contribuyen y construyen el movimiento. Se desconoce cuántos miembros hay, pero cualquier persona puede unirse. Este grupo tiene ciertos códigos creados para comunicarse. Por ejemplo, entre las Marthas, el envío de dulces de casa en casa es la forma en que responde cada una de las Marthas frente a una necesidad que tenga al grupo. Así, se enviarán magdalenas cuando la respuesta es sí, y se mandarían galletas cuando la respuesta es no. Las Marthas, de este modo, demuestran ser jugadoras clave en la resistencia pues dominan una red de comunicación, lo que permite el intercambio secreto de bienes, información y, a veces, de personas.

Cabe destacar que, más allá de que exista una discriminación entre castas del mismo sexo que se da por la categorización que el régimen hace de las mujeres y la diferenciación de sus roles; o más allá de que reine el imperativo de vigilancia y desconfianza, hay otros pequeños actos en los que la compasión o el sentimiento de empatía hacia otra mujer, burlan el poder. Por ejemplo, cuando la Martha Cora encuentra a June tirada en el suelo de su habitación, se asusta y arroja al piso la bandeja con el desayuno que llevaba en sus manos. Situación que decide no informar, y simplemente decir que se tropezó y por eso, se le cayó la bandeja. Esto a June, le resulta importante pues el hecho que “estuviera dispuesta a mentir por mí, incluso en algo tan insignificante, aunque fuese en su propio beneficio. Era una manera de estar unidas” (Atwood, 2017:214).

Otra situación representativa se da en la serie de televisión cuando Rita, la Martha que está en la casa de los Waterford, confecciona como regalo un guante de un solo dedo para ocultar la mutilación de la que Serena fue víctima por simplemente leer la Biblia.

Finalmente, la posibilidad de la palabra. Como se mencionó en el segundo capítulo de esta tesina, los efectos de poder también se dan en el lenguaje: la comunicación está limitada a ciertos intercambios, y salirse de esas posibilidades significa transgredir lo permitido, significa resistir. En el caso de las mujeres, ellas están impedidas de acceder a la educación académica, y se les prohíben la escritura y la lectura. Esto llega a tal punto de que todo en Gilead, se reconoce por dibujos o imágenes representativas³⁹, lo cual expone un uso primitivo del lenguaje que ubica a la mayoría de la población en un nivel infantil.

³⁸ Del verbo francés *m'aider*. Traducida al español como ayudarme.

³⁹ Ver anexo, Imagen 36 - Los objetos y sus símbolos.

Como contraposición a estos límites a la comunicación, se asignan nuevas significaciones a las palabras. Esto se puede ver desde la experiencia de la Criada Defred. Así, June, tiene su propia versión del padre nuestro, y en su rezo y peticiones mantiene un diálogo con Dios: “Llegamos a la parte del perdón. No te molestes en perdonarme. Hay cosas más importantes. Por ejemplo: si los demás están a salvo, que lo sigan estando. No permitas que sufran demasiado. Si tienen que morir, procura que sea de forma rápida. Tal vez puedas incluso brindarles un cielo. Para eso Te necesitamos. Para hacer el infierno nos bastamos solos” (Atwood, 2017:270).

Por otra parte, la frase que June encuentra en su habitación y repite a modo de mensaje secreto, *Nolite te bastardes carborundorum*, se convierte en grito de guerra y resistencia para luchar contra la opresión; y creándose un vínculo de empatía con la Criada anterior que escribió la frase: “Había una Defred antes que yo. Ella me ayudó a encontrar la salida. Ella está muerta. Ella está viva. Ella soy yo” (Miller et al., 2017). Se trata de una reflexión que le enseña y le recuerda que no está sola.

Podemos ver también cómo el uso de las palabras se convierte en formas de resistencia al sistema en otros dos momentos claves.

Por un lado, en los encuentros que tienen Defred y el comandante Waterford en su oficina, el lugar que representa todos los límites impuestos a las mujeres en Gilead pues allí se encuentran los objetos prohibidos: libros, arte, alcohol y música; y es allí también donde June y Fred juegan al *scrabble*⁴⁰. Encuentros en lo que, el hecho de que la protagonista pueda leer una revista, o armar palabras y jugar con ellas -aún a condición de que se trata de un espacio propiciado por el Comandante-, nos demuestra, a fin de cuentas, la importancia de la reapropiación de su propia voz.

Por otro lado, cuando en la tercera temporada June encuentra una radiograbadora y una cinta de *casette*, con la que no solo transgrede escuchando música sino también graba su voz en ella⁴¹. Hablar, hablarse a sí misma, escuchar, escucharse, significa nada más y nada menos que, libertad.

Por último, una mención acerca de la posibilidad de expresar la palabra en el grupo de las Esposas, pues ellas, en menor medida, también resisten. En su reclamo para que las mujeres puedan leer y aprender la palabra de Dios que se encuentra en la Biblia, Serena reúne a otras Esposas de los Comandantes y se presenta delante de ellos en una de sus audiencias para leer

⁴⁰ Ver anexo, Imagen 37 - Partida de *scrabble*.

⁴¹ Ver anexo, Imagen 38 - Cuando la libertad tiene forma de *casette*.

un extracto de las Sagradas Escrituras. Esto, como sabemos está prohibido y por implicar un acto de osadía y rebelión, se castiga.

5.3 Resistencia con lucha frontal

El régimen de Gilead agobia tanto que la rebelión adquiere múltiples modalidades, y en ciertas circunstancias, las personas deciden luchar de manera frontal. Se trata de una característica que se observa más presente en la serie que en la novela.

Si hablamos de la protagonista, vemos en ella reiteradamente unos actos espontáneos de resistencia por medio de la palabra. Por ejemplo, cuando es sometida a un interrogatorio por Tía Lydia en el que ésta le aplica la picana para castigarla e imponerle terror, aduciendo: “Recuerda las Escrituras. Bienaventurados los sumisos”, June responde: “Y bienaventurados aquellos que han sido perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Lo recuerdo bien” (Miller et al., 2017). Esto significa una provocación⁴², y por supuesto, otra forma de leer e interpretar la religión.

Pero también, la resistencia frontal se expresa desde la acción. Tal es el caso de Emily, la Criada Deglen, que adquiere un papel activo en la lucha contra el régimen al sufrir una ablación de clítoris por haber sido descubierta manteniendo una relación amorosa con otra mujer. Lidar con esta aberración, el dolor, el sufrimiento y la despersonalización, la llevan a rebelarse e incumplir las normas. Así, durante sus compras en un mercado, decide robar un auto. Sentir la posibilidad de volver a manejar, sentir en ese instante libertad, es sin duda, un impulso vital. Ahora bien, durante su huida, termina cometiendo un trágico accidente y atropella a un Guardián delante de todas sus compañeras.

En esta teocracia, a pesar de las severas sanciones que implica, la lucha de frente y directa, también se expresa como resistencia colectiva que surge de tácticas individuales, ya no dispersas, sino articuladas. Las Criadas unidas, por ejemplo, deciden negarse a matar a Janine -la Criada Dewarren- en una ceremonia de lapidación⁴³. Janine fue sentenciada a muerte por haber intentado suicidarse, al darse cuenta de que su Comandante no estaba enamorado de ella, que no se iban a fugar juntos y que, efectivamente tal como lo indica el sistema, iban a quitarle a su hija recién nacida. La sororidad, y el cariño que tienen las Criadas hacia Janine por su bondad, inocencia y amor, se traduce en un gesto de resistencia: “Dijimos que no, nos negamos a cumplir con nuestro deber: matar a Janine. Por ese pecado seremos castigadas [...] Debería

⁴² Ver anexo, Imagen 39 - Resistencia frontal.

⁴³ Ver anexo, Imagen 40 - Resistencia colectiva.

estar aterrada, pero me siento tranquila y hay una clase de esperanza al parecer, hasta en la inutilidad. Traté de mejorar las cosas para Hannah. Cambiar el mundo, aunque sea solo un poco” (Miller et al., 2017).

La camaradería, la resiliencia, la esperanza, el empoderamiento, la movilización y el empuje se expresa con más fuerza en la serie televisiva que en la novela. Lo personal se vuelve colectivo, y “una victoria para una es una victoria para todas” (Miller et al., 2019). Llegamos así al punto en que, preguntarse por la resistencia, es preguntarse en esta historia por las mujeres, por aquellos sujetos que son deliberadamente vulnerados y son blanco intencional de una serie de tácticas políticas tendientes a vulnerar sus derechos. Pero también, es preguntarse por los modos en que luchan por su supervivencia; y es pensar además, en cómo alcanzar una verdadera acción transformadora.

¿Cómo lograr entonces un cambio social? June a lo largo de esta historia va tomando conciencia de que ella y todas las mujeres en Gilead, tienen la capacidad de ser protagonistas de la acción y liderar una lucha frente a ese poder patriarcal opresor. Sus palabras y acciones no son más que el deseo fuerte de dejar de ser objeto de los hombres, exigir sus derechos y no olvidar su condición de sujetos; no son más que, una manifestación de que la unión hace la fuerza y que, como en toda revolución, siempre hay una cara visible: “Un día cuando estemos listas vamos a ir contra ustedes. Solo espérenos. Vamos a ser sus pesadillas” (Miller et al., 2019).

El camino es largo y no puede ser de un día para el otro, June tiene que transformarse y transformar a los otros, establecer alianzas poderosas con personas claves del sistema y fomentar un cambio de conducta para que se deje de mirar hacia otro lado. Pues, como bien nos confiesa, “Creo en la resistencia del mismo modo en que creo que no hay luz sin sombra, o mejor dicho no hay sombra a menos que también haya luz” (Atwood, 2017:154).

Tomar decisiones sobre su propia vida y actuar para hacerlas realidad, le va a implicar, en situaciones críticas, mostrarse implacable, pero la fuerza descomunal que tiene esta protagonista -aun arriesgando su vida-, la lleva a poner el cuerpo y a ejecutar estrategias políticas de resistencia y autotransformación desde el interior de la red de relaciones de poder.

¿Pero June logrará finalmente liberarse de esas relaciones de poder? La novela escrita por Atwood y publicada en 1985 deja un final abierto en el que el lector no sabe si la Criada es trasladada por una furgoneta negra hacia su condena o hacia su salvación. Sin embargo, la cuarta temporada de la serie -atención *spoiler alert*- nos demuestra que June ha logrado salir de Gilead, y desde Canadá, su lucha, resistencia y firmeza por recuperar a su hija Hannah

robada por el régimen y por cambiar el rumbo de las futuras generaciones, siguen intactos. Los seguidores de la serie tendremos que esperar la quinta temporada para ver cómo sigue todo.

Con lo visto hasta aquí, y recuperando las nociones teóricas desarrolladas en el primer capítulo de este trabajo, es posible advertir que, los sujetos reproducen y resisten esa lógica por la que son constituidos y son constituyentes.

Entonces, así como la pregunta por el dispositivo de poder en las sociedades disciplinarias implica indagar sobre los cuerpos que son objeto y blanco de las tácticas y mecanismos políticos, la pregunta por la resistencia implica también indagar sobre los cuerpos. Pues, la resistencia que nunca está en posición de exterioridad respecto del poder, es entre los cuerpos dispersos en la red de relaciones. Cuerpo individual y cuerpo especie que exponen en la resistencia, la propia vulnerabilidad y subjetividad.

En definitiva, las Criadas, pero en sí la mayoría de las mujeres en nuestras sociedades contemporáneas, estamos determinadas por normas de género impuestas por el poder -incluso antes de nacer- que nos someten y actúan sobre nosotras para que cumplamos ciertos roles, prácticas y funciones subsidiarias al varón. Pero también es sobre esas mismas normas donde resistimos. Mujeres incorrectas. Mujeres en resistencia. Mujeres en lucha. Mujeres en alianza. Hasta que logremos una nueva y más justa normalidad que supere a la ficción.

Palabras finales

Surge nuevamente el primer interrogante que se planteó al inicio de este ensayo: ¿por qué una sociedad ficticia, sumamente despreciable y tan cruel en el trato hacia las mujeres? Con la elección de la novela de Margaret Atwood y de su adaptación televisiva, me propuse traer a la reflexión personal y colectiva, un producto cultural que genera interesantes aportes y contribuciones respecto a la visibilidad y al tratamiento que se viene dando los últimos años al tema de la violencia que vivimos las mujeres. Me centré especialmente en el modo en que esa violencia aparece en un producto de gran divulgación en los medios de comunicación. Abordar, sin embargo, esta ficción sin una coordenada específica de tiempo y espacio, nos revela una preocupación latente y evidente acerca de todo lo que aún nos falta.

Haber reflexionado sobre la noción de vida como concepto político, y en particular haber indagado sobre la presencia del biopoder que describe Michel Foucault junto a los aportes de género de Judith Butler a este autor, me permitió describir la construcción de la mujer, el poder y la resistencia en *El cuento de la criada* (2017). Y junto a ello, alcancé una serie de observaciones y articulaciones claves.

En primer lugar, desde una concepción productiva y materialista del poder, analicé el funcionamiento de su doble faz, es decir de sus dos mecanismos políticos que intervienen sobre lo orgánico y lo biológico. Por un lado, la anatomopolítica que disciplina, somete, vigila, encierra en centros de adoctrinamiento, castiga y adecua a los cuerpos de las mujeres a un sistema normal de reproducción. Por el otro, la biopolítica que interviene en el nivel mismo de las determinaciones de procesos vitales de la población de las mujeres fértiles a partir de estadísticas, y con una serie de presiones y regulaciones para estimular la natalidad. Identifiqué entonces, una vida que no solo es cultivada y controlada por el poder, sino también organizada y optimizada en un formato preestablecido y definido como normal.

¿Pero qué implica haber sumado una mirada de género al dispositivo del biopoder? El hecho de haber analizado el funcionamiento del biopoder desde su organización reticular y sus confines últimos; el hecho de haber indagado allí donde el poder se vuelve capilar, allí cómo y entre quiénes pasan las relaciones de dominación y sometimiento, de acuerdo con qué procedimientos políticos y con qué efectos, implicó haber descubierto una influencia de estructuras patriarcales que data de varios siglos. Influencia que tiene una reiterada condición de posibilidad en esa red de relaciones intencionadas por medio de históricos discursos patriarcales en los que, la diferencia sexual es su fundamento. Esto último me invitó a pensar tanto en el poder de los discursos, como en los discursos de poder que producen esos enunciados de exclusión y control machista.

Entonces, llegué a una segunda observación: la forma en que organizan las mujeres sus representaciones acerca de ellas mismas y su lugar en Gilead, sus límites y validez, están asociadas a su biología y fisiología reproductiva. La mujer tiene que responder al imperativo de la reproducción y, por tanto, a lo que la sociedad le impone de manera normativa: debe disponerse a procrear por medio de una violación y parir para dejar descendencia. Debe ser, entonces, subsidiaria al varón porque su género es construido socialmente y responde a normas, restricciones y expectativas que condicionan su manera de actuar. De este modo, el sujeto mujer, o, mejor dicho, su cuerpo, solo importa cuando es capaz de ser un cuerpo gestante de un niño o una niña. Así, la Criada se vuelve absolutamente invisibilizada, cosificada, sin derechos, carente de autonomía o libre determinación sobre su cuerpo o sus deseos, y es deliberadamente vulnerada. ¿Suenan familiares?

“Porque primero fue creado Adán, y luego Eva” (Atwood 2017:304): con esta cita cabe señalar que el libro de Margaret Atwood no está en contra de la religión, sino que la crítica de esta autora canadiense está dada cuando la religión se usa como fachada para la tiranía de los hombres. En definitiva, “Que Su Mirada te acompañe” revela no solo la mirada del biopoder omnipresente, la mirada de los ojos de Dios en la tierra gracias al funcionamiento panóptico, sino también la mirada del patriarcado, la de ellos, los varones que controlan todo.

Ahora bien, las formas de relacionarse que se establecen entre las Criadas y el resto de los sujetos resultaron, mayoritariamente, plagadas de violencia física o simbólica: vigilancia, despersonalización, imposición del terror, dominación y hostigamiento pero también sujeción en el encuentro con el otro. En Gilead, la Biblia es reinterpretada para legitimar los abusos y la manipulación social y psicológica, todo a favor de los intereses del biopoder.

Pero entonces, una tercera observación: la vida de estas mujeres vulneradas de manera constante, no ha sido capturada íntegramente, sino que se escapa sin cesar por medio de puntos de resistencia, de enfrentamiento y trasgresión, puntos de inversión -por lo menos transitoria- de las relaciones de fuerzas. Y es, sin duda, la codificación estratégica de esos puntos lo que torna posible una revolución.

La hipótesis que intenté poner a prueba giraba en torno a que preguntarse por la resistencia es preguntarse por el quién y el porqué de la lucha. Este interrogante intentaba sustituir la mera pregunta por el cómo. Así, la respuesta al quién apareció con mayor claridad: se trata de las mujeres y sus derechos sistemáticamente vulnerados. Así, la respuesta al porqué me ofreció también una posible contestación: la supervivencia. El enfoque biopolítico, en la particular lectura que hace Butler de los textos foucaultianos, me permitió evitar que la vida política sea concebida desde un punto de vista únicamente animal. Porque, de lo que hablo es

de una lucha por ampliar nuestros derechos para hacer elecciones libres, para no sufrir discriminación ni violencia por el hecho de haber nacido con determinada biología, a expresarnos colectivamente y a acceder a la igualdad de condiciones materiales para la vida. En este sentido, me planteé no olvidar nuestra condición de sujetos que luchan por su emancipación. Entonces, me dispuse a objetar los discursos capitalistas y patriarcales sobre la función de la mujer en el orden social.

¿Cómo salir del cerco político? ¿Cómo asegurar un verdadero compromiso y acción transformadora? ¿Cómo continuar educándonos en el respecto y la igualdad? ¿Cómo lograr, a fin de cuentas, un cambio social?

Los medios de comunicación y sus productos culturales, ficciones con contenido crítico como las que escribe Margaret Atwood, pensamientos feministas como los de Judith Butler, sin duda, quiebran las bases heteronormativas de nuestras sociedades contemporáneas, nos incomodan, nos duelen, nos interpelan, nos invitan a seguir deconstruyéndonos individual y colectivamente, pero también se convierten en fuertes vehículos para hacer alzar la voz. *El cuento de la criada* vino a mostrarme que no puedo ni quiero mirar hacia un costado.

Ahora bien, ¿qué ocurriría si nuestra realidad lograra abarcar plenamente aquellos mundos distópicos? Y, por el contrario, ¿cuál sería la forma del poder cuando no exista más opresión y orden de sometimiento de la mujer? La primera pregunta aterriza solo por el hecho de pensar en la posibilidad de que se redimensione todo hacia un lugar peor. La segunda, me propone una invitación: será el momento de analizar ficciones cuyas sociedades imaginarias sean, esta vez, utópicas.

Bibliografía

Específica

- Atwood, Margaret. *El cuento de la criada*. Barcelona, España. Editorial Salamandra, 2017.
- Althusser, Louis. “Ideología y Aparatos ideológicos del Estado” en *La filosofía como arma de la revolución*. Buenos Aires, Argentina, Editorial Nueva Visión, 1989.
- Butler, Judith. “Introducción y Capítulo 3: Sometimiento, resistencia, resignificación. Entre Freud y Foucault”, en *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid, España, Ediciones Cátedra, 2001.
- Butler, Judith. “Prefacio”, en *El género en disputa*. Barcelona, España, Ediciones Paidós, 2007.
- Cambra Badii I, Mastandrea PB, Paragis MP. *El mandato del nacimiento. Cuestiones bioéticas y biopolíticas en la serie El cuento de la criada*. Revista Medicina y Cine, Editorial Universidad de Salamanca [Internet]. 2018;14(3): 181-191. Recuperado de: <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/100353> (Consulta: julio 2022).
- Foucault, Michel. “1. La apuesta”, en *Historia de la sexualidad I: la voluntad de saber*. Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI Editores, 1977.
- Foucault, Michel. “2. Método”, en *Historia de la sexualidad I: la voluntad de saber*. Madrid, Editorial Nueva Visión, 2012.
- Foucault, Michel. “Clase del 17 de marzo de 1976”, en *Defender la sociedad*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Foucault, Michel. “Curso del 14 de enero de 1976” en *Microfísica del poder*. Madrid, España. Las Ediciones de La Piqueta, 1979.
- Foucault, Michel. “Derecho de muerte y poder sobre la vida”, en *Historia de la sexualidad I: la voluntad de saber*. Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI Editores, 1977.
- Foucault, Michel. *Las redes del poder*. Buenos Aires, Argentina, Editorial Almagesto, 1991.
- Foucault, Michel. “Quinta Conferencia”, en *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona, España, Editorial Gedisa, 1980.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Buenos Aires, Argentina. Siglo XXI Editores, 2002.

- Miller, Bruce y Moss, Elizabeth (Productores Ejecutivos). (2017). *The Handmaid's Tale* [Serie de Televisión]. Daniel Wilson Productions, Inc; The Littlefield Company; White Oak Pictures; MGM Television.
- Miller, Bruce y Moss, Elizabeth (Productores Ejecutivos). (2018). *The Handmaid's Tale* [Serie de Televisión]. Daniel Wilson Productions, Inc; The Littlefield Company; White Oak Pictures; MGM Television.
- Miller, Bruce y Moss, Elizabeth (Productores Ejecutivos). (2019). *The Handmaid's Tale* [Serie de Televisión]. Daniel Wilson Productions, Inc; The Littlefield Company; White Oak Pictures; MGM Television.
- Miller, Bruce y Moss, Elizabeth (Productores Ejecutivos). (2021). *The Handmaid's Tale* [Serie de Televisión]. Daniel Wilson Productions, Inc; The Littlefield Company; White Oak Pictures; MGM Television.
- Lobera Teresa, Diego. *La narrativa distópica como crítica feminista: análisis de la simbología y la representación femenina en El cuento de la criada. Trabajo Fin de Grado. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Zaragoza. España, 2018* [Internet]. Recuperado de: <https://zaguan.unizar.es/record/75115/files/TAZ-TFG-2018-2161.pdf> (Consulta: julio 2022).

Materiales audiovisuales

- Tory Burch Foundation. *Author Margaret Atwood on Writing The Handmaid's Tale | The Embrace Ambition Summit* [Video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=T1KS5yhZqKc> (Consulta: enero 2022).

General

- Abate, Florencia. *Judith Butler, 30 años de "El género en disputa"* [Página Web]. Argentina, 2020. Recuperado de: <https://www.cultura.gob.ar/judith-butler-30-anos-de-el-genero-en-disputa-9142/> (Consulta: agosto 2022).
- Blog Køhl School. *El significado del vestuario de El cuento de la criada* [Página Web]. Madrid, España. Recuperado de: <https://escuelademaquillajemadrid.com/blog/el-significado-del-vestuario-de-el-cuento-de-la-criada/> (Consulta: marzo 2022).
- Butler, Judith. *Repensar la vulnerabilidad y la resistencia*. Alcalá de Henares, España. Universidad de Alcalá, 2014 [Internet]. Recuperado de: <https://www.scribd.com/doc/244166942/Repensar-la-vulnerabilidad-y-la-resistencia-Judith-Butler-pdf> (Consulta: julio 2002).

- Fandom. *The Handmaid's Tale Wiki* [Página Web]. Recuperado de: https://the-handmaids-tale.fandom.com/wiki/The_Handmaid%27s_Tale_Wiki (Consulta: abril 2022).
- Ferrer, Aldo Christian, apuntes de clase *Seminario de Informática y sociedad*. Buenos Aires, Argentina. Universidad de Buenos Aires, 2019.
- Foucault, Michel. “2. Omnes et singulatim: hacia una crítica de la 'razón política'”, en *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona, España. Editorial Ediciones Paidós Ibérica, 1991.
- Foucault, Michel. “Clase del 28 de marzo de 1979”, en *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Fondo de Cultura económica, 2007.
- Foucault, Michel. “Cuarta Conferencia”, en *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona, España, Editorial Gedisa, 1980.
- Foucault, Michel. *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France: 1977 -1978*. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Fundación Huésped. *Diversidad sexual y género* [Página Web]. Recuperado de: <https://www.huesped.org.ar/informacion/derechos-sexuales-y-reproductivos/tus-derechos/diversidad-sexual-y-genero/> (Consulta: agosto 2022).
- Gutiérrez, María Alicia, apuntes de clase *Principales corrientes del pensamiento contemporáneo*. Buenos Aires, Argentina. Universidad de Buenos Aires, 2019.
- Octavo Historiador, revista online de divulgación. *¿Cosas nazis con la criada? No, pero tal parece...* [Página Web] Galicia, España, 2019. Recuperado de: <https://eloctavohistoriador.com/2019/07/17/cosas-nazis-con-la-criada-no-pero-tal-parece/> (Consulta: mayo 2022).
- Sibilia, Paula. “Biopoder”, en *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Fondo de Cultura Económica, 2005.

Anexo

Imagen 1 - Criada Defred.



Imagen 2 - Tía Lydia.



Imagen 3 - Serena Joy, Esposa del Fred.



Imagen 4 - Las niñas en Gilead.



Imagen 5 - Rita, la Martha de los Waterford.



Imagen 6 - Las mujeres ilegítimas en *Jezabel*.



Imagen 7 - Las No Mujeres en las colonias.



Imagen 8 - Comandante Waterford.



Imagen 9 - Los Guardianes de la Fe.



Imagen 10 - Nick Blaine, Guardián y Ojo de Dios.



Imagen 11 - Prohibición y despojo.



Imagen 12 - *Nolite te bastardes carborundorum.*



Imagen 13 - Clausura.



Imagen 14 - Distribución espacial.



Imagen 15 - Las Criadas marchan en tropa.



Imagen 16 - Anatomía política del detalle.



Imagen 17 - Vigilancia.



Imagen 18 - Entrenamientos en El Centro Rojo.



Imagen 19 - La vigilancia en El Centro Rojo.



Imagen 20 - Legajos de las Criadas.



Imagen 21 - Ejecución pública.



Imagen 22 - Los muros.



Imagen 23 - Ablación de clítoris.



Imagen 24 - Mutilación ojo derecho.



Imagen 25 - Participación.



Imagen 26 - Miembro de la reserva nacional.



Imagen 27 - La Ceremonia.



Imagen 28 - El nacimiento.



Imagen 29 - Serena contra June.



Imagen 30 - La habitación de la Criada.



Imagen 31 - Caja musical.



Imagen 32 - La ecografía del bebé.



Imagen 33 - Recuerdos.



Imagen 34 - El amor entre June y Nick.



Imagen 35 - La amistad en el Centro Rojo.



Imagen 36 - Los objetos y sus símbolos.



Imagen 37 - Partida de *scrabble*.



Imagen 38 - La libertad tiene forma de *cassette*.



Imagen 39 - Resistencia frontal.



Imagen 40 - Resistencia colectiva.

